

T O N O



VAGANCIA

Dib. TONO. — Madrid.

— Oye, tú: ya que tienes la boca abierta, aprovecha para llamar al criado.

CREMA RECONSTITUYENTE

LIDA

ES UN PREPARADO ÚNICO
PARA LA BELLEZA DEL CUTIS,
CON PROPIEDADES MARA-
VILLOSAMENTE CURATIVAS
Y RECONSTITUYENTES



DEPOSITARIO

URQUIOLA  MAYOR, 1

MADRID

En todo tiempo debe us=
ted usar los maravillosos

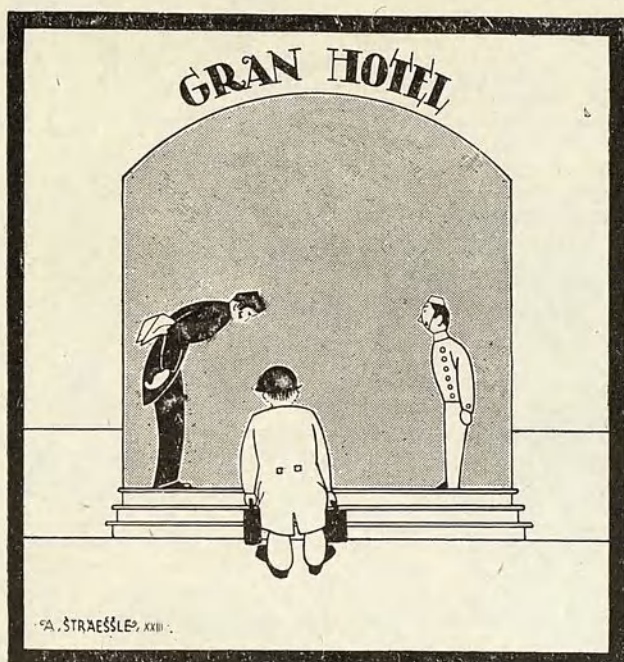
POLVOS INSECTICIDAS

— DE —

LEYER Y COMPAÑÍA

SECCIÓN RECREATIVA DE "BUEN HUMOR"

por NIGROMANTE



Dib. STRAESSLE. — Madrid.

— ¿A qué precio tienen ustedes habitaciones?
 — En el principal, a cuarenta pesetas; en el primer piso, a treinta, y en el segundo, a veinte.
 — Dispense, pero su hotel no es bastante alto.

Cupón núm. 3

que deberá acompañar a toda solución que se nos remita con destino a nuestro CONCURSO DE PASATIEMPOS del mes de diciembre.

16. — ¡Borregos!

Nota musical **RU**

17. — Verbo de futbolistas.

so **R** dio

LA TÉCNICA

Carrera de San Jerónimo, 3, principal.

CLASES PRÁCTICAS

DE
 Reforma de letra :: Cálculo :: Teneduría de libros :: Mecanografía :: Taquigrafía.
 Máquinas de calcular :: :: :: :: :: ::

Aquí se facilitan a los alumnos medios de ganar sin abandonar sus clases.

Carrera de San Jerónimo, 3, principal, y calle de Santiago, 6 y 8.

Representantes de la máquina de escribir MERCEDES

Para las condiciones de este Concurso, véase nuestro número 105.

18. — Algo suena...

100 1 100
 LA PRIMERA VÍCTIMA

19. — Si quieres que te toque...

El ansioso y opulento banquero R. O. ha comprado camiseta, camisa, calzoncillos y calcetines. Se acuesta con todo ello y ronca como un cafre.

20. — Ahora no toman el sol.

PARA PISAR LA UVA
C A T A R R O

CUPÓN

correspondiente al número 107 de

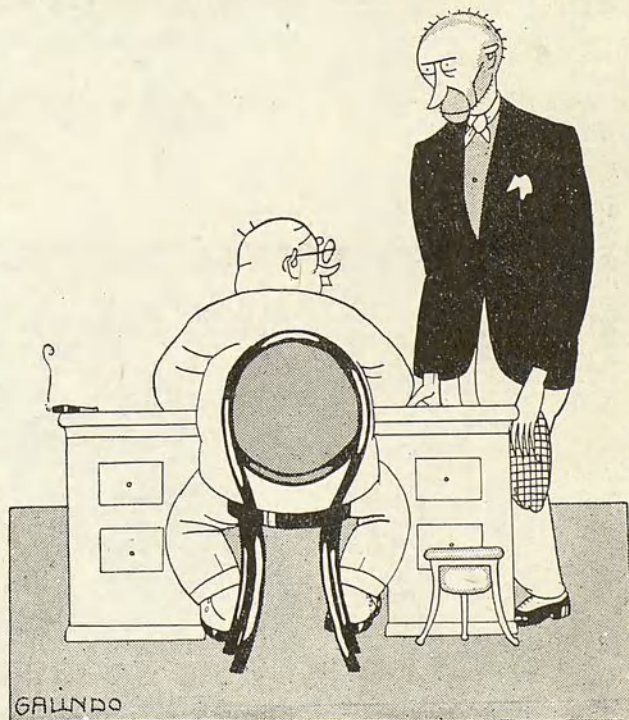
BUEN HUMOR

que deberá acompañar a todo trabajo que se nos remita para el Concurso permanente de chistes o como colaboración espontánea.

21. — Charada botánica.

— ¡Buena *prima-dos* llevaba la otra noche el bárbaro de tu padre!
 — Muchas gracias, Samuel. Pero yo no me *prima-cuarto* *tercia* badulaque de tu abuelo. ¡Y vaya si el viejo lleva siempre vara y media de tripa negra!
 — Ya sé que la otra noche le llamaste *todo*. No te entiendo cuando le hablas así.

PASTILLAS DE CAFÉ Y LECHE
 VIUDA DE CELESTINO SOLANO
Primera marca mundial. LOGRONO



Dib. GALINDO. — Madrid.

EL COMISARIO. — Se le acusa a usted de haber robado una cartera.

EL DETENIDO (con orgullo). — Señor comisario. Yo he asesinado a tres mujeres, a un oficial de Telégrafos y a un sargento de Carabineros, y no puedo tolerar que se me confunda con un simple carterista...

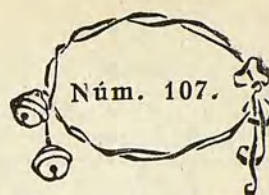


Con la suavidad de una pluma
se deslizará la hoja sobre su piel,
si usted usa siempre para afeitarse

Jabón Gal para la barba

Forma en el acto espuma abundantísima, que no se seca en la cara y ablanda en un minuto la barba más dura.

Barra, 1,50 en toda España. Perfumería Gal.-Madrid.



NEGOCIADO DE RECLAMACIONES

L A S M O S C A S



A HORA que estamos en el deber de denunciar a los Poderes toda clase de males, hay que hacer, ante todo, la denuncia de una calamidad insistente: las moscas.

Antes sólo había moscas en verano. En cambio, ahora tejen su encaje de bolillos en pleno mes de enero y hacen su agosto en Pascua.

Dicen algunos que se debe este fenómeno a la calefacción central... No hagan caso; *postín* que quieren darse; consuelo quimérico; la calefacción pasa, pero la mosca permanece.

El mal se debe, con seguridad, a las muchas Sociedades que se han fundado por el mundo para la persecución y extirpación de la mosca. Como la función crea el órgano y el órgano la función, moscas y Sociedades se han creado mutuamente, y de una calamidad se han hecho dos.

Estas Sociedades para la lucha contra la mosca nos amargan la felicidad del vivir mucho más que las moscas mismas. Las infelices moscas eran hasta ahora unos volátiles más o menos pegajosos y aficionadas a las calvas; pero no pasaban de ahí. Ahora, en cambio, desde que han dado origen al moscófobo, la vida, que era sueño, se nos ha convertido en pesadilla.

El moscófobo es una variante — la peor — de ese nuevo y taciturno ser biológico que se llama el higienista.

El higienista quiere escalfarnos la existencia para matar por ebullición a los microbios, y lo que nos mata es el sosiego. Pero el higienista moscófobo hace más: aplica una enorme lupa a las moscas y nos las fotografía, cinematografía, dibuja y esculpe en forma de monstruo apocalíptico, erizado de púas, panzudo, con garras de gerifalte, ojos de dragón, trompa de vampiro y tentáculos de pulpo peludo...

¡Quién iba a suponer que se nos venía encima bicharraco tan tremebundo!...

Yo, que de chico hice estudios de aerostática, metiendo en un globo de papel moscas por docenas; yo, que de las moscas recibí las primeras emociones de arte decorativo: cuando cogía una, le separaba delicadamente con la uña la cabeza del tronco y se la despachurraba (la cabeza) con un papel doblado, para admirar después los arabescos gentilísimos que aparecían en el papel por efecto de aquella operación tan sencillísima; yo, que de adulto me he deleitado contemplando el vuelo de las moscas — tema que ha inspirado en nuestra patria a más de un poeta lírico —; yo, digo, jamás podía haberme

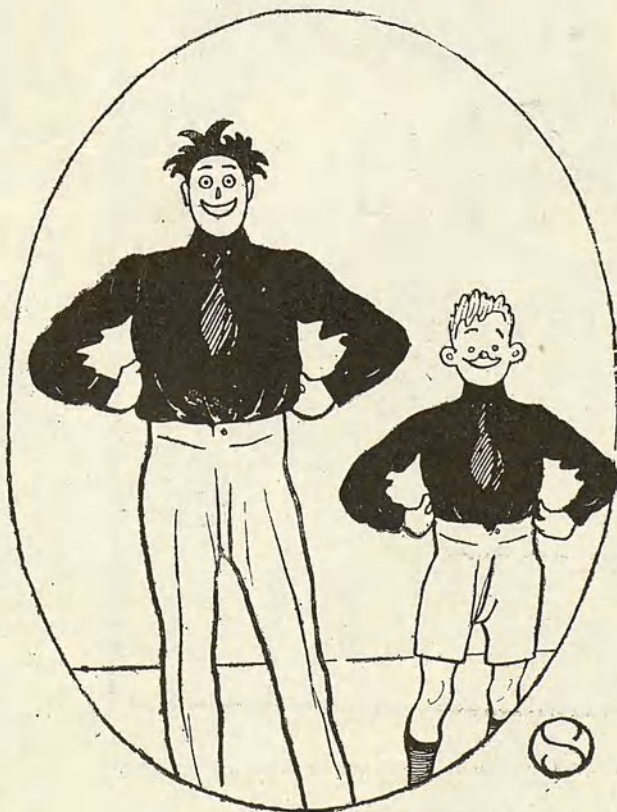
figurado, ni de grande ni de chico, que pudieran ser las moscas un fenómeno tan fenomenal como ese que nos enseñan los M. M. K. K. F. S. (*Mundial Member Killer Keeping Flig's Society; Sociedad de Miembros Mundiales de Guardianes Matadores de las Moscas...*) ¡Ya mis gozos ingenuos pasaron! Ya no podré soltar las moscas, como antaño, engalanadas previamente con una banderolita gentil, colocada por mí en su extremidad posterior a manera de rabo verbenero. Yo era feliz entretenido con esto, como era feliz el crustáceo, porque ignoraba su desgracia.

En la actualidad sé ya a qué atenerme, y los goces ingenuos de la edad dorada y antihiigiénica han volado también como las moscas; pero no para volver, ¡ay!, como ellas. La mosca, en la actualidad, se ha crecido: como los miembros de la S. M. M. G. M. M. nos presentan la mosca a cien veces su tamaño, llena una sola mosca la habitación, y el Globo, y la existencia.

El animalito que yo cogía en otros tiempos con sólo pasar la mano, veloz, rozando la pared, se ha convertido ahora en un diptococo doméstico, gigantesco y repelente.

La mosca se ha hecho un monstruo parecido a ese otro monstruo rugidor y terrible: el acordeón, y se achica o se agranda, según le acomoda: tan pronto es pequeñito, para caber así, al por mayor, en nuestras cosas y freírnos la sangre al por mayor, como tan pronto es grande, más grande que la casa, para atemorizarnos y helarnos en las venas, de terror, la sangre que en las otras ocasiones nos fríe.

Parece al primer pronto que la enorme acción de las Asociaciones moscófobas debiera haber sido beneficiosa por acabar, por fin, con el persistente volátil. Pero no hay tal. Si por un todo es cierto que supone un estrago inmenso



Dib. SILENO. — Madrid.

en los enjambres enemigos el hecho de que trescientos mil miembros de la S. M. M. G. M. M. tengan consagrada su vida al despanzurramiento metódico de moscas, mediante unos abanicos metálicos *ad hoc*, que despachurran sobre los libros, los manteles y las paredes a las volanderas chupadoras de sangre de hombre y de asno; si bien es cierto eso, no lo es menos que esas mismas Asociaciones han cometido una imprudencia imperdonable: han ofrecido pagar a tanto el ciento las moscas fenecidas que les lleven. Y, ¡es natural!, la cría y fomento de la mosca se ha hecho una industria productiva. Hay quien ha echado sus cálculos y ha visto que tiene más cuenta criar y matar moscas que criar y matar cerdos. Y ha fundado en el acto, frente a las M. M. K. K. F. S., las S. F. M. M. M. M.: *Sociedad para el Fomento, Manutención y Muerte de las Mártires Moscas*.

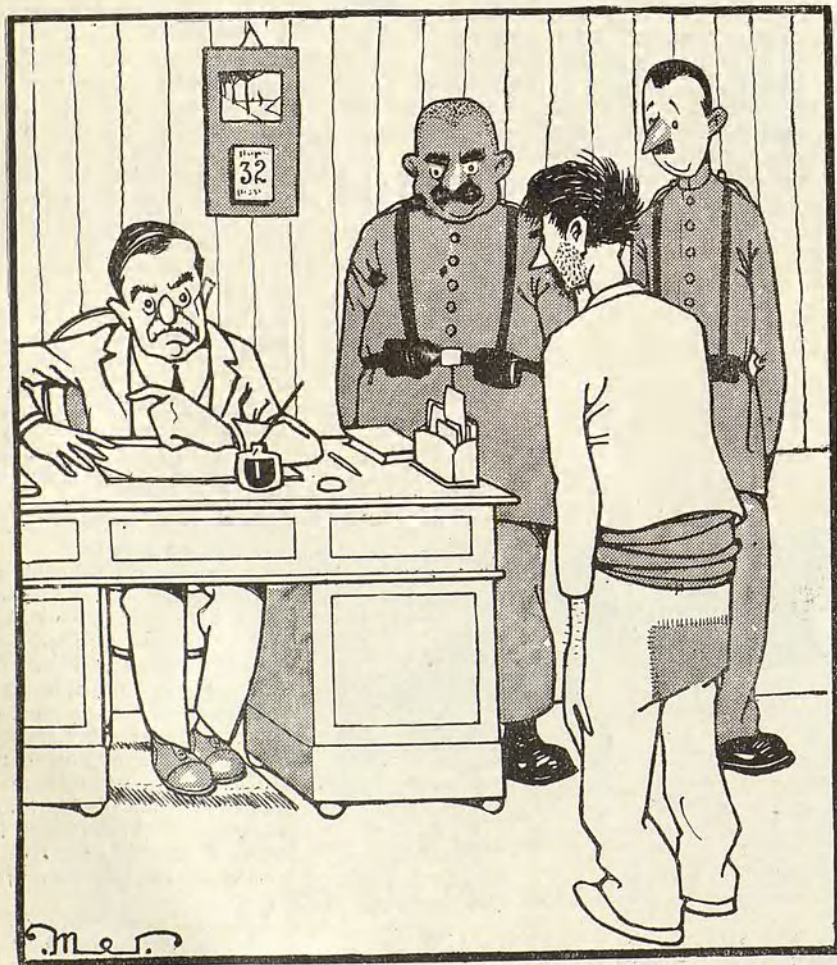
Y no han tenido que hacer más que una sola cosa para que las moscas, por

sí mismas, se propaguen. «Mirad vosotras — se les ha venido a decir —, mirad vosotras a los hombres por la lupa, cuando por la lupa os miren ellos.» El efecto ha sido atroz. La dignísima presidenta de las M. M., etc., señora que mirada sin lupa presenta ya un aspecto de un feo subido, mirada a cien veces su tamaño es algo espeluznante. Las moscas se han quedado con la trompetilla abierta de estupefacción y de espanto. Ellas sabían ya que existían mujeres temibles; pero no podían suponer que fueran tanto, y al verlas a la lupa y estudiarlas de cerca se han sentido en el deber de organizarse para la defensa metódica y hasta para la ofensiva sistemática.

De ahí que se hayan dedicado, como las naciones humanas en casos de apuros, a la procreación intensiva.

No es otra la explicación de que haya tantas moscas en invierno.

MANUEL ABRIL



Dib. MEL. — Madrid.

— ¿Y por qué robó usted el collar de brillantes que había en el escaparate de la joyería de Pérez?

— Porque ponía: «Aprovechad esta ocasión excepcional.» Y, claro, la aproveché.

OJITO CON PROPASARSE

Hace tres o cuatro días, en un pueblo sevillano llamado Villacachucha (pocos kilos separado de la ciudad) ha ocurrido un suceso extraordinario que, por ser algo curioso, me permito relataros.

En la plaza de la villa se hallaban de noche actuando dos pobres titiriteros, tan míseros como honrados. El varón, en competencia con Sansón (antes del acto de la poda peliaguda), levantaba pesos bárbaros, y ella, con mallas y en traje menos cumplido que majó, pedía en el corro perras con la bandeja en la mano, cuando un ardiente palurdo, con disculpable arrebató, tocándola con la vista y viéndola con el tacto, quiso probar si en las piernas (palpablemente, ¡qué diablo!), bajo las mallas, las molas eran de carne o de trapo... Y ¡¡plaf!! (Este *plaf* es una *bofetá* que tan de plano dió la ofendida al amigo de la tocata, que, vamos, el ruido del golpe estuvo, no sólo un día vibrando en Villacachucha, sino que retumbó hasta en Chicago.)

Muy pronto llegó a noticias del hombre forzado el caso; halló pesada la broma (aunque bastante *pesado* para el hércules no hay nada en todo el globo terráqueo), y dirigiéndose al mozo, le *acarició* con un mazo, y hasta «insistió en la cabeza» cual si cumpliera el sagrado deber de clavar en medio de aquellos sesos un clavo.

Pagó el atrevido *socio* su atrevimiento tan care, que en adelante de fijo, aun cuando viva cien años, no toca más pantorrillas. ¡Gracias que le queden ánimos para rascarse las propias cuando le piquen los grajos!

Si vais a un circo y os gusta cualquier funámbula un *rato*, mirad si el marido es bruto, y jojito con propasaros, que, a más de que el tal mari lo os pegue dos puñetazos, si el Directorio se entera, puede ponerlos a caldo!

JUAN PÉREZ ZÚNIGA

UN FALSO BILLETE FALSO

Timoteo, al llegar a la calle, tropieza con una señora, pide perdón a un sacerdote y saluda amabilísimo al conductor del tranvía que pasa.

Corre veloz a su domicilio, cediendo galante la acera a todo el mundo. Por no atropellar a uno, atropella a tres, y se disculpa con una cortesía envuelta en la más afable y exquisita de las sonrisas.

Si le preguntaran por dónde ha ido, cuánto ha tardado y cómo llegó a su cuarto, Timoteo se vería perplejo en contestar. Pero ello es que ahora se encuentra erguido en medio de la estación, cuya puerta acaba de cerrar con llave, y que, sin despojarse siquiera del sombrero, contempla emocionado un billete de diez duros, tembloroso, entre sus manos.

— Este billete, primer sueldo que cobro, me pertenece; es mío absolutamente. Equivale a una semana entera de fatigas y sudores. Tengo, pues, perfectísimo derecho a gastármelo — razona con lógica incontrovertible.

«Ahora iré al restaurante; comeré lo que quiera. ¡Oh, aquellas chuletas de cerdo tantas veces deseadas!... Decidido: cenaré chuletas de cerdo.

«Antes compraré un buen cigarro, para, con su aroma y los ardores de la digestión, adormecerme media horita en el diván de cualquier café mientras llega el momento del teatro. Pero ¿y la entrada? ¡Andando! ¡A sacar la entrada cuanto antes!»

De pronto, al descorrer la llave, una duda horrible le asalta. ¿Será falso el billete?

Intranquilo, penetra en un estanco.

— Caballero: Yo soy un hombre honrado y deseo fumarme un *águila*, para lo cual necesito que este billete sea bueno. ¿A usted qué le parece?

El estancero frunce el entrecejo y observa con gran recelo la hoja sospechosa.

— Me parece... Este verde... ¿No lo encuentra usted demasiado intenso? Yo creo que... Las equis no están bien marcadas... Sí... Fijese... Decididamente, caballero, ¡este billete es falso!

Timoteo sale avergonzado.

Enfrente hay un bar. Entra y pide vermú.

— Camarero, un momento. ¿Es bueno este billete?

El servidor lo hubiera creído inmejorable; pero ante la pregunta, se pone en guardia.

— Cuando él lo dice... — medita.

Y luego contesta categórico:

— ¡Este billete es falso!

Casi ahogado por la angustia, huye presuroso del establecimiento.

Y decidido a probar por tercera y última vez, corre a la taquilla.

— Una butaca para las diez y media,

¿me hace el favor? De las primeras filas, si tiene...

Al mismo tiempo coloca el billete sobre el mármol y aguarda con ansia.

El taquillero, desesperadamente calmoso, arranca del talonario un papelito rojo, abre luego el cajón del dinero, saca veinticinco pesetas en papel y cuatro duros en plata, y, al entregarlo todo a Timoteo desdobra el billete y observa su superficie.

¿Qué irá a hacer?... ¿Lo rechazará también?... ¿Tomará a su dueño por un estafador?...

Ante esta idea, Timoteo tiembla, y se apresura a justificarse.

— No sé si será falso...

— Entonces el otro recoge preventivamente la entrada y el dinero, y se prepara, solemne y pausado, al análisis del billete. Lo mira al trasluz, lo desliza entre sus dedos pulgar e índice, y, finalmente, certifica:

— Como bien imitado, si lo está; pero a mí... Caballero, ¡este billete es falso de solemnidad!

Timoteo se aleja pálido y limpiando el sudor frío que baña su frente. Al reaccionar con el venticillo de la calle, se ve acometido por súbito ataque de ira.

— ¿Por qué estoy yo sufriendo — se dice — estas vergüenzas y sobresaltos? En la oficina me han dado el billete

falso; en la oficina me lo cambiarán por otro bueno.

Y corre a la oficina.

Aun encuentra allí a su jefe.

— Señor mío, el trabajo rendido por mí en el transcurso de la semana ha sido trabajo de buena ley, completamente legítimo. ¿No es eso?

— En efecto. ¿Y qué quiere usted?

— Quiero que ese trabajo se me pague con dinero de la misma calidad.

— A usted, si no recuerdo mal, se le entregó un billete de diez duros...

— Descaradamente falso: véalo.

El jefe lo contempla.

— Es cierto. Este billete es falso. Pero este billete no ha salido de mi caja. Este billete lo ha cambiado usted por el recibido para estafarme, caballero...

— ¿Cómo?...

— Que es usted un granuja, y desde ahora mismo queda despedido. ¡Ah! Y agradezca que no le entregue a la policía.

— Tenga usted su billete — prosiguió luego de taladrarlo con el eterno estigma de *Falso* — y no se moleste en volver por ésta su casa...

Timoteo se ha suicidado.

Descanse en paz.

ALFREDO ÁVILA

Dib. SILKO
Madrid.

LAS NOVIAS
INGENUAS

ÉL (galante). — ¡Tienes unos ojos que tiznan!

ELLA (alarmada). — ¡Ay!... Pues te aseguro que sólo fué un poquito de rimel...



HUMOR RETROSPECTIVO

UN PEQUEÑO INCISO

¿Se acuerdan ustedes del cómico de voz estentórea, del actor tronituyente que se llamó en vida Donato Jiménez?

¡Oh, qué aparato de fonación el de aquel «barba profundo»!

Diríase que, a su muerte, la escena española se quedó afónica.

Al lado de Donato, el propio Calvo era un mosquito de trompetilla.

¡Qué cavernoso y horrisono vozarrón el suyo!

Había que oírle en aquella lúgubre escena del *Tenorio*, en que hacía de comendador, cuando, filtrándose en la estancia, exclamaba con voz de ultratumba:

«Don Juan, tu mente delira,
porque los hierros más gruesos
y los muros más espesos
se abren a mi paso. ¡Mira!»

Y al decir «¡Mira!», parecía como si un cañonazo, ¿qué digo cañonazo?, como

si un trompetazo de Jericó abriera un boquete en la pared.

Pues bien: en el cuarto de Donato Jiménez (q. e. p. d.), convertido entonces en antesaloncillo del Español, solíamos formar tertulia algunos amigos. Hablábame una noche de los largos períodos con que algunos autores dramáticos gustaban de inflar sus ya ampulosos parlamentos; pasó la charla a los fatigosos paréntesis de ciertos prosistas pomposos, y vino a parar, por fin, en los incisos interminables de algunos oradores parlamentarios.

En esto llegó Luceño, que podía ilustrar el tema por haber sido largos años taquígrafo del Congreso y del Senado.

— ¿Recuerda usted — le preguntó uno de los contertulios — aquel inciso kilométrico de Salmerón?..

— Sí que lo recuerdo — le interrumpió Luceño —; pero si he de decirles la

verdad, el inciso más largo que yo oí en mi vida no lo oí, precisamente, en las Cortes, ni a ningún orador parlamentario, sino en el teatro Lara, y a un músico amigo mío.

Todos tomamos a broma la ocurrencia de D. Tomás.

Porque es de advertir que el ilustre y simpático sainetero, a pesar del aspecto venerable que le dan sus blancas y luengas patillas; a pesar de su testa de banquero opulento o de galeno eminente, de su rostro apacible y su sonrisa bonachona, es un humorista sutilísimo. Eso sí, el humorismo de Luceño es un humorismo sano e inocuo, como su gracia; gracia tímida y recatada, con sordina; no gárrula y clamorosa, sino mansa, suave y quedita; gracia, en fin, como la de quien tiene cortedad y vergüenza de parecer gracioso.

— Pues sí — repitió don Tomás —: el inciso más largo que yo recuerdo se lo oí en el teatro de Lara al maestro Valverde.

El caso era tan *invirisimil*, que lo echamos a risa.

Precisamente, el colaborador de Chueca era hombre tan callado que, como dice el personaje de una vieja comedia, «la tumba era cotorra comparada con él».

Sin embargo, invitamos a Luceño a relatar el suceso.

— Verán ustedes — comenzó diciendo —: una noche, al entrar en Lara, saludé en el vestíbulo al maestro Valverde, que, como solía, iba de chistera. Pasé al saloncillo, saludé a los amigos, y al poco rato entró el maestro y sentóse a mi lado; pero noté que en vez del sombrero de copa traía puesto un hongo.

— Maestro — le dije —, juraría que hace un momento le vi con chistera.

— Sí — me respondió —; es que cuando voy a *llenar el huequecito* — Valverde llamaba así a su obligación de dirigir el sexteto durante los intermedios —, cuando voy a llenar el huequecito, me pongo la chistera...

De pronto sonaron los timbres; el maestro se levantó como movido por un resorte y corrió a la sala a sentarse al piano.

Yo seguí hablando con otros amigos, y cuando, al cabo de un buen rato, de lo que menos me acordaba era de Valverde y su chistera, el buen maestro vino nuevamente a sentarse junto a mí y, dándome una suave palmadita sobre la pierna, *prosiguió*:

— ... pero, para estar aquí con ustedes, uso este hongo.

FRANCISCO DE ESTEPA



Dib. CAMACHO
Valladolid.

— *Mira, Utrasia: del bacalao que me rendé esta tarde, pa que veas, te traigo una tajada...*

— *¿Estás seguro?.. Porque a mí me parece que son dos las que traes...*



Dib. K-Hiro. — Madrid.

— Señora, tenga usted compasión de mi, ¡que en lo mejor de mi vida me he quedado sin ganas de trabajar!...

RAMONISMO

LAS MANIQUÍES

Las maniquíes se han implantado ya en España en profusión considerable. Cuando una niña no sirve para cupletista, pelotari, taquillera o corista, se convierte en maniquí.

Es señal esa conversión de que no tiene más que su palmito y su belleza, sin más facultades. Son lindas, pero un poco inmóviles y sordas. Son como paralíticas de la vida,



que aun pueden ocupar una buena categoría. Están entre la muñeca de cera y la mujer de verdad.

Son como fantasmas carnales, y sus senos son breves y tienen una cejita de sombra debajo, que es lo que más caracteriza a la maniquí y lo que más hace lucir a los trajes. Sólo un golpe de difumino apenas manchado en polvillo de lápiz.

La vaguedad de los modelos es terrible; y cuando suena el aviso del timbre y se aprestan y salen de sus sombras, tienen algo de figuras de tapiz que se orientan por la vereda de los pasos de alfombra y siguen el camino de esas banderas de los suelos convergiendo hacia la compradora.

El animador de las maniquíes toma el traje que la señora quiere, y con él doblado y exánime al brazo se dirige a la más pálida y victimable de las maniquíes y se lo entrega. La maniquí entra en el cuarto lateral y aparece en seguida vestida con aire de damita joven que avanza hacia las candilejas desde el fondo de un hondo escenario.

Lo único raro es que no cante algo al avanzar. Parece que se ha quedado muda de pronto. La música de sus caderas, movidas a com-

pás, parece que le da cierta animación.

El traje vive; sus azabaches sueñan a cortina de peluquería; su descote tiene luz; sus mangas cortas chorrean belleza.

La farándula pantomímica de la maniquí acaba al llegar a las visitas, y después todo es retorno. ¿Es mirada de desdén la que lanza como despedida la maniquí? No. Solamente de indiferencia suprema.

Las maniquíes, en ese estancamiento de vida que es una casa de modas, adquieren granos, manchas y salpullidos especiales que ellas entierran en crema.

Yo he entrevistado a alguna como si fuese actriz de algún teatro. No he visto nada más insuficiente. Era bonita; pero tenía la inexistencia de las mujeres que sólo se prestan, que tienen ya el cinismo nato de la prestación sin mezcla de mal o de bien o de concesión ninguna.

— ¿A qué hora se levanta una modelo?

— Tarde... Tengo un sueño muy pesado; pero sin sueños... Jamás tuve pesadilla de ninguna clase.

— ¿Y qué desayuna una maniquí?

— Mucha leche; leche con almidón. ¡Jamás con café!

— ¿Y en las comidas?

— Siempre comidas de convaleciente. Muchas ruedas de merluza.

— ¿Y sale mucho de paseo?

— Sí; todos los días, al más elegante: a la avenida de los Alamos Blancos... Debemos presentar el ticket médico de nuestro peso en la taquilla de entrada a la vuelta del paseo. Nuestro peso debe ser invariable, y si aumenta, disminuirémos la ración de ruedas de merluza.

Las maniquíes se timan con los pollos que son maniquí de su americana; pero su timoteo carece de doctrina o de ideas. Sienten el agrado de mirar al que miran y de recoger sus miradas. Absolutamente nada más. Ni una broma saben seguir. Sus bocas fruncidas no pueden distenderse demasiado.

Yo me he fijado con mucha atención en las maniquíes, que parecen llevar una vida secreta, insana, en los nidos de las cortinas.

Están todas consumidas por la solitaria — solitarias especiales con tipo de cinturones caprichosos que

se hubiesen tragado alguna vez —, y reciben los abrazos furtivos de los horteras en los cuartos roperos en que se meten a probar un traje.

Las maniquíes, con su carne de falso lenguado, no pueden engañar a los que, en el *menu* de la vida, buscan un pescado sabroso y sustancioso. Son encarnaciones de la monotonía desaborida, que a veces toma formas deliciosas.

Las maniquíes de sombreros son volubles como ellas solas por causa del gran trasiego de sombreros que sufren. Sus cabezas son versátiles, tornátiles, olvidadizas.

Están acostumbradas a arrancarse pensamientos, recuerdos, verdaderas y novelescas tartas; sombreros imperiosos, locos, caprichosos, asombrosos, ingeniosos, místicos, fugaces, y de ahí esa distracción en que viven y ese engañoso modo de entornar sus ojos que tienen.

¿Y todavía querrá no ser olvidado el hombre que las quiera?

No podrán menos de ser olvidadizas y de cambiar de novios y de ideas. Su profesión las fataliza. Todo el día asentando sombreros en su cabeza y haciendo con sus



manos los gestos prendidores, redichos, casquivanos, blandos, que tan antipáticos resultan en las manos que se ponen amaneradamente un sombrero frente a los espejos que son tripticos de la coquetería.

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA

Ilustraciones del autor.

ALREDEDOR DEL MUNDO

CURIOSIDADES Y RAREZAS

El primer buñuelo que se fabricó en el mundo lo hizo un tal (y un cual) Sergio Badilowsky, natural de Newgorod la Grande, allá por la lejana época en que en Rusia había harina y tiempo para freír cosas.

Y el último buñuelo (por ahora) lo ha confeccionado D. Alvaro Retana, en forma (al parecer) de novela y con un título del que no queremos acordarnos ni aunque nos peguen un tiro.

Interesa y conviene desvanecer un error muy arraigado entre los españoles.

Se dice por ahí con dolorosa frecuencia, que teniendo bula se puede comer carne.

¡Y nada más lejos de la verdad!

El que tiene bula y no tiene las seis pesetas que el carnicero pide por el kilo, se chíncha categóricamente.

Y lo digo por experiencia, porque yo tengo una bula así de grande, y estoy comiendo una de patatas cocidas, que estoy verdaderamente abrumado...

En cierta ocasión, el excelentísimo y desesperado ex ministro y ex presidente Sr. Romanones, que quería cumplir con un buen amigo que le había hecho un favor, pensó obsequiarle con un puro de a sesenta céntimos...

¡Pero se arrepintió en seguida!...

Una vez, la ideal *Chelito* tuvo unas palabras con una conocida, y dicen que dicen (porque yo no lo afirmo) que fueron tan altisonantes las voces, que tuvo que intervenir la Justicia.

Chelito, en presencia del severo juez, parece ser que afirmó con voz conmovida:

— ¡Soy inocentel!...

Afirmación que el juez severo (que no se chupaba el dedo) no se creyó ni tanto así, a pesar de los esfuerzos de la interesada.

Vamos a someter a la consideración de ustedes un intrincadísimo problema (que tiene puntos de contacto con la teoría de la relatividad) a propósito de las egregias fosas nasales de D. Joaquín Sánchez de Toca.

Es el siguiente, que es de *aúpa*:

Así como ustedes no me podrán decir a mí nunca cuál de las dos aceras de la calle de Alcalá es la acera de enfrente, no puedo yo tampoco decirles a ustedes (a pesar de lo que estoy meditando en mi gabinete de trabajo para esclarecerlo) si la nariz es de Sánchez Toca o si Sánchez Toca es de la nariz...

¡Al que me saque de esta mortal incertidumbre le regalaré el puro que Romanones renunció a comprar para su amigo, y que todavía sigue en el estan-

co, donde pueden ustedes verle todos los días de tres a siete!

Ayer por la tarde hemos averiguado una cosa sumamente extraña...

Cada quince días penetra en los misteriosos ámbitos del teatro Español un acreditado peluquero de la villa de Osorio y Gallardo y del madroño.

Interrogado una vez sobre lo que iba

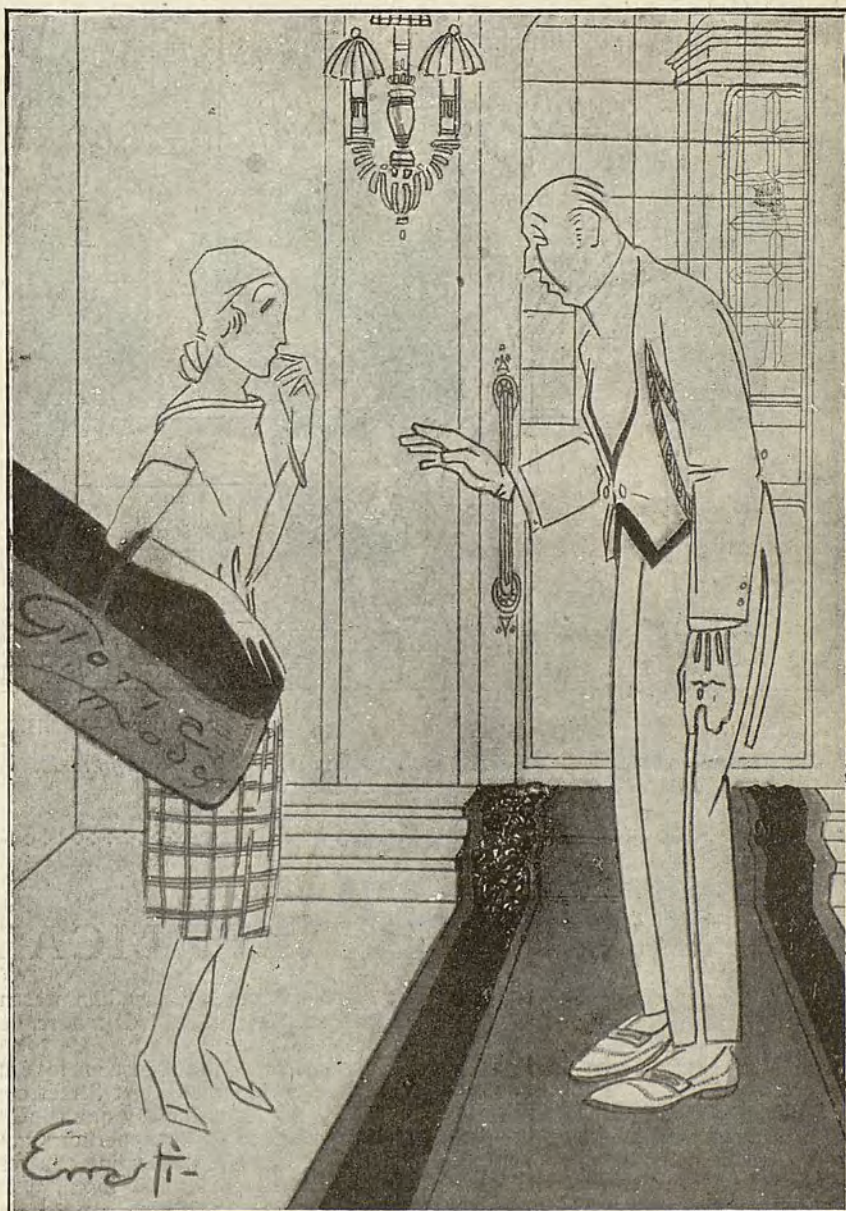
a hacer en el clásico coliseo, ha respondido que iba a cortar el pelo al señor Calvo...

¡Absurda e incongruente faena que todavía no nos hemos explicado, ni que quizás nos la explicaremos nunca!...

Cada vez que el Vesubio se determina a arrojar por su cráter unos cuantos carros de candente lava, se pone Nápoles perdido de porquería.

En lo cual es exactamente igual a una criada que yo tengo: ¡cuanto más lava, más ensucia!...

NÉSTOR O. LOPE



Dib. ARTETA. — Bilbao.

— Con esa caja no puedes subir por esta escalera, niña...

— ¡Andal... Bueno; la dejo aquí, y digo a la señora que baje a probarse...



Dib. GALINDO. — Madrid.

LA VIUDA DOS VECES. — *Son mis hijos Leandro y Wifredo. Son gemelos. EL AMIGO (distráido). — ¿Y son los dos del mismo marido?...*

HISTORIA EN SEIS CARTAS UNA MUCHACHA ANGELICAL

De Baldomero Ansúrez a Francisco Montánchez.

Querido Paquete: Acabo de llegar de Londres, donde me he tirado unos meses fantasmagóricos. Chico, me he sacudido cada orgía, que hay para sonreírse de Heliogábalo y Sardanápalo and Company. Entre el personal femenino, a los pocos días, me hice el amo, y quien dice el amo, dice el encargado. Vengo verdaderamente aterrado de lo estupendíaca que es la vida británica. He visto al rey Jorge tres veces, he habla-

do una con Bonar Law y me han presentado a un tío, por parte de madre, del alcalde de Cork.

Además, una tarde acuosa me topé en la acera izquierda de Fleet Street con una miss por la que estoy que confeciono guarismos en las superficies murales. Se llama Nora Smedling. ¡Ya ves: Nora! Como la del pollo Ibsen, y, la verdad, *no ra cambio* por nada del mundo. Disculpa la idiotez del juego de vocablos, porque cuando sepas que me he traído a España a mi amiga, comprenderás que el júbilo me rebosa por

el borsalino, y que en esta situación hace chistes hasta un fascista, que, por ahora, es lo más serio que pulula por la sandía terráquea.

Tenemos que charlar de muchas cosas que no nos importan a ninguno de los dos.

He hablado de ti a Nora, y tiene unas ganas furiosas de conocerte. Nora es una criatura angelical. Te espero, pues, en el Ritz mañana por la noche para que comamos juntos. Ya he pedido mesa para tres.

No dejes de ir, por Dios, y te convenrás de que Nora es más agradable que un baño turco.

¡Ah! Se me olvidaba. Pago yo.

Te abraza hasta el esquiramiento de la columna vertebral, — Baldo.

De Francisco Montánchez a Luis Cienfuegos, cuarenta días más tarde.

Simpaticote Luisín: Me tienes más abandonado que Robinsón Crusoe. ¿Qué es de tu existencia, pelmazo?

Me he enterado de que reñiste con Julieta la Ondulatoria, y te mando mi más cordial enhorabuena.

Muchacho, yo ahora estoy usufructuando una chica inglesa que es una estupidez. Se llama Nora Smedling, y bendigo a la oxigenada Albión, que crea criaturas como Nora. Nora es verdaderamente angelical.

La he hablado de ti y de tus cosas, y dice que eres *very* interesante. Está con unos deseos de conocerte, que no vive.

He tomado un palco para la Comedia, para que vengas con nosotros y conozcas a Nora. Iremos a buscarte con el coche alrededor de las diez.

Un estrujón fraternal de tu mejor amigo, — Pacorro.

De Luis Cienfuegos a Estanislao Jadraque, treinta días después!

Inolvidable Tanis: ¿Dónde te metes, que no hay manera de echarte una visual? Hace una semana que recorro, buscándote, todos los lugares juerguísticos madrileños, y como si recorriese el archipiélago de las Molucas. Esto no puede seguir así, porque voy recurrir a la star. Necesito verte urgentemente para decirte lo feliz que soy.

¿Que por qué?

¡Amigo, es que anda la viscera cardíaca por medio!

Estoy enamorado como un búfalo de la Patagonia de cierta inglesita que se llama Nora Smedling, que me tiene completamente alienado. ¡Qué criatura! ¡Es angelical! Tiene unos ojos, que te mira y te hace virutas.

Por cierto que la he hablado de ti y está pidiéndome todos los días que te presente a ella. Como sus caprichos son órdenes para mí, te aguardo en casa, a las cinco, para que merendemos los tres solitos. Nora cantará una canción muy bonita que se titula *Remember*, y ento-

nará también el *Vaya-Waís* en el idioma del almirante Nelson. No dejes de venir; te lo pido en nombre de nuestra vieja amistad.

Siempre queriéndote, — *Luis*.

De Estanislao Jadraque a Fernando Puchos, quince días más tarde.

Amable Fernanducho: Sé que tu mujer está en París comprando trapos. ¿Es que, en vista de lo de los trapos, te vas a hacer tú trapense? ¡Aprovecha esos días de libertad, so primo! Sal de casa y abandona los planos y los tiralíneas una temporadita...

Yo estoy pasando una vida, que la de Luis XIV fué un piscolabis. Imagínate que sostengo relaciones con una londinense que la ve Oliverio Cromwell y le da un vahído. Se llama mi adlátere Nora Smedling, y es una criatura angelical, lo que se dice angelical.

El rostro es una maravilla policromada y el cuerpo requiere escalafón. Además, como inteligente, es capaz de chafar a D. Marcelino Menéndez y Pelayo.

La otra tarde, al ver el edificio del Banco Turdetano y saber que eras tú quien lo había construido, mostró enormes ganas de conocerte personalmente. La tienes loca. Así es que mañana por

la noche te esperamos en Los Burgaleses para tomar juntos unas botellas de la lacrimosa Viuda.

No faltes, que el conocer a Nora vale la pena.

Un apretón de manos cordial, — *Tanis*.

De Fernando Puchos a Baldomero Ansúrez, una semana después.

Queridísimo Baldo: Perdona que no te haya escrito antes, pero estoy agobiado por el trabajo y no me queda tiempo para nada.

En cambio, ahora te escribo para darte una alegría, ya que tú eres tan mujeriego.

Tengo un lío con una muchachita inglesa que es una nena angelical. Te extraña, ¿no es cierto? Parece que eso está reñido con mi seriedad... ¿Qué quieres? El hombre es frágil.

Mi amiga se llama Nora Smedling, y merece estar en una vitrina. Es preciosa e inteligentísima. Por mi gusto seguiría con ella toda la vida; pero mi mujer, que se halla en París, va a venir de un momento a otro, y ya sabes que no tengo fuerza de voluntad para engañarla.

En consecuencia, te propongo un arreglo que estoy seguro que ha de sa-

tisfacerte, dada la belleza y la bondad de Nora.

Mañana almorzamos los tres juntos en mi casa, tú te insinúas con mi amiga y me la quitas. ¿Comprendes? De esta forma tú añades a tu larga lista una conquista más, y yo doy paz a mi conciencia. Hasta mañana, pues. Un gran abrazo de tu agradecido amigo, — *Fernando*.

De Baldomero Ansúrez a Fernando Puchos, al día siguiente.

Querido Fernando: Trucos, no. Eso de que no tienes fuerza de voluntad para engañar a tu mujer y de que quieres dar paz a tu conciencia, se lo cuentas a quien no te conozca a ti y no conozca a Nora Smedling.

Ese *traspaso*, que a ti te parece tan nuevo, lo hemos empleado ya Paco Montánchez, Luis Cienfuegos, Tanis Jadraque y un servidorito.

No voy a almorzar contigo; otro día será. Ahora que, en descanso, te doy dos soluciones: endósale Nora a otro amigo o envíala a Londres facturada en gran velocidad.

No olvides que yo soy más largo que una cabalgata. Y no te enfades.

Un fuerte abrazo de — *Baldo*.

ENRIQUE JARDIEL PONCELA

Para fin de año preparamos un sensacional

NÚMERO ALMANAQUE

que constará de 52 páginas de nutrida y regocijante lectura.

Portada de *Sileno*.

Originales literarios de Pérez Zúñiga, Carlos Luis de Cuenca, Polo, Abril, Pérez Fernández, Gómez de la Serna, Burgos, Mayral y otros muchos.

Cuatro cuentos de las estaciones del año, a cargo de Ramos de Castro, Jardiel Poncela, Plañiol y José López Rubio, ilustrados por Garrido, *Areuger*, Robledano y Alonso, respectivamente.

Ocho páginas, a todo color, que representan el BUEN HUMOR en relación con las diversas etapas de la vida, que firman los notables dibujantes *Karikato*, Barbero, Ramírez, Ribas, Penagos, *K-Hito*, *Bon* y Tovar.

¡Una tontería!

Completarán estos originales otros de los más graciosos caricaturistas, además de las secciones habituales de este semanario.

Este formidable

NÚMERO ALMANAQUE DE "BUEN HUMOR"

se venderá al irrisorio precio de

U N A P E S E T A



LOS ÚLTIMOS ESTRENOS

POR ROBLDANCO Y LÓPEZ RUBIO



ZARZUELA.—"LOS GAVILANES", de Ramos Martín y maestro Guerrero.



ACTO I Se encuentra Juan con Adriana.
—¡Adriana! —¡Juan! ¿Eres tú?

— Si; he llegado esta mañana
de las tierras del Perú.



ACTO II — El cariño de Rosaura
quieres tú robarme ahora.

La fiesta termina como
rosario de la Aurora.)



ACTO III Juan, que escucha a los amantes
con hondos remordimientos,

los va a casar cuanto antes,
y quedan todos contentos.

FUENCARRAL.—"ISRAEL", de Bernstein, traducción de Macías del Real.

BATERÍA

ZARZUELA

Costumbres aldeanas.

Quando leemos en un cartel que la zarzuela a que estamos condenados es de costumbres aldeanas, sentimos un malestar profundo y se desvanece todo el interés que la obra nos mereciese.

Sabemos a qué atañernos respecto a las costumbres aldeanas, de las que los zarzueleros no tienen más idea que considerar a los aldeanos como gente desocupada, que viste con una irritante uniformidad, y que cantando se viene y se va cantando, como los dineros del sacristán.

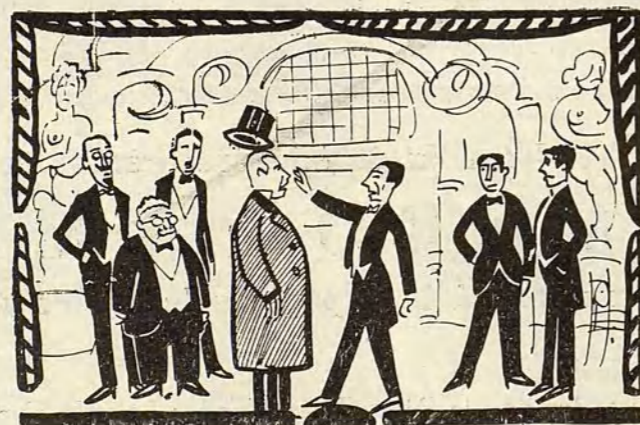
Hay en el zarzuelero de costumbres aldeanas algo de cacique en el afán de mover a la multitud a su solo antojo. Ahora vienen, ahora se van, sin que nada se justifique. Gobernar un pueblo de esos debe de ser el ideal de la política. Nadie se desmanda, una asombrosa unanimidad guía los actos de los ciudadanos.

En *Los gavilanes*, an pronto gritan todos que viva Juan, como luego dicen que muera Juan; tan pronto están alegres todos, como después participan todos de un mismo dolor. Entran y salen, es forzoso insistir en esto, sin que nadie se explique quién los ha reunido con tanta puntualidad. El coro de aldeanos, según lógica, debe hacerse como la costumbre ordena que se formen las masas: primero, uno; luego, dos; más tarde, un grupito de seis...; unos que llegan demasiado pronto; otros que llegan cuando todo se ha terminado; aquél que mete la pata; ese otro que grita más que los demás...

¿Por qué al final de *Los gavilanes*, cuando en la noche de luna, propicia a los dúos de zarzuela, se resuelve el conflicto familiar que da origen, ya que no fundamento, a los tres actos de la zarzuela, aparece el pueblo, de buenas a primeras, a dar los últimos gritos, esta vez a favor de Juan, después de haber mudado de opinión veinte veces, cosa que es de sabios, según dicen?

¿Acaso esa gente ha estado en la esquina, avizorando aquel dúo, en que una que se va a casar sale de su casa a cantar con otro que la quiere, para dar su opinión al final, sin que nadie se la pida, sorprendiendo una desgarradora escena de familia?

Los pueblos no son así, por fortuna. No piensan igual todos, ni se dejan conducir de dos en dos, como en las filas de los colegios, o en semicírculo, como en los coros de ambos sexos. Por eso es pueril creerlos tan vacíos y tan homogéneos, y fiarse de eso para hacer zarzuelas o para responder rotundamente de ellos en la realidad.



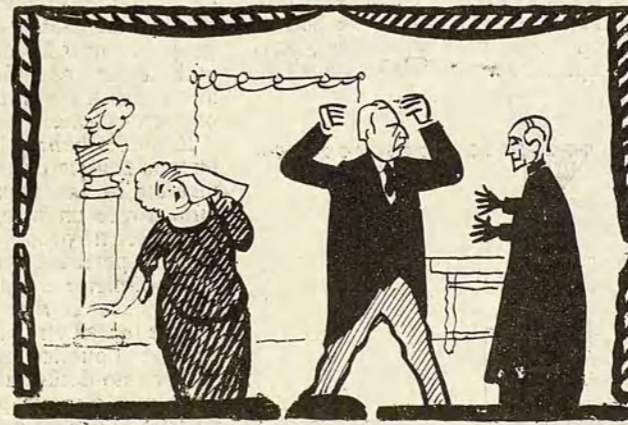
I. — Te doy en la canariera
na más que por ser judío...

— ¡Dios de Israel!... ¡Si supiera
Teobaldo que es hijo mío!...



II. — Madre, dime, por favor:
¿a qué ha venido ese tío?

— ¡Si que es una situación
de padre y muy señor mío!



III. — ¡Un golpe seco ha sonado!
— ¡Corra usted, padre Silvino!

— ¡Teobaldo se ha suicidado!
— ¡No ha encontrado otro camino!

CÓMICO.—"LA MUJER DE NIEVE", de Muñoz Seca, Pérez Fernández y maestros Rosillo y Moreno Torroba.



I. — Siete ministros salvajes,
de Calino están en contra.
Preside este ministerio
el ilustre Pancha-Tontra.

II. — Tu padre es quien te ha dejado
las estatuas de diamantes.
Cuida de que no las roben,
porque los hay muy goliantes.

III. — Toma este timbre, Calino,
y con él conocerás
si la dama a quien adores
ha empezado a ... flirtear.

IV. — Esa es la mujer que quiero,
esa es la mujer que adoro.
— Al final te la devuelve
con el resto del tesoro.

BATERÍA

FUENCARRAL

Una obra que llega tarde.

El antisemitismo es una cuestión que ha pasado en Francia, donde se produjo, y que no ha llegado a España, donde ahora se ha estrenado *Israel*, de Bernstein.

En España hay unos cuantos judíos. La gente sólo sabe de ellos que suelen tener mucho dinero, y que se diferencian de los usureros nacionales en que tienen la nariz algo más ganchuda y que prestan con un poquito más de interés.

Por tanto, *Israel*, de Bernstein, en su tesis y en su parte dramática, como sabemos que el drama francés se reduce siempre a un problema de paternidad, nos sorprendió bien poco.

Sólo Rambal, al buscar una nueva orientación a su repertorio tratando su papel con todo cariño, merece un elogio. Lo hacemos constar así, como también debemos hacer constar que nos escribe Rambal diciendo que no es catalán ni lo ha sido nunca. Añade que bien sabe él que con esta afirmación va a desvanecer una creencia general muy arraigada, y que tal vez influya decisivamente en la solución del problema regionalista.

CÓMICO

Una obra que llega pronto.

La mujer de nieve es una obra de Pascuas que se ha anticipado. Ella y los turroneiros se han adelantado excesivamente, y mientras éstos han arreglado sus anaqueleros y sus portales, *La mujer de nieve* se ha dedicado a vagabundear con la desoladora ociosidad del que llega demasiado pronto a una ciudad desconocida y tiene que gastar las horas que le sobran.

El ambiente era poco propicio para la inocencia de *La mujer de nieve*, que tiene toda la trama infantil de una obra de vacaciones.

La mujer de nieve, al vagar por las calles, ha aprendido chulerías, timos y cosas de esas que no deben decir los niños guapos. La culpa no es de ella, sino de nosotros, que nos expresamos demasiado mal, es verdad; pero ella se lo ha buscado, mezclándose entre nosotros, por no tener la paciencia de esperar en el cajón de sus autores.

De resultados de todo, como hacia frío, *La mujer de nieve* pidió cobijo en el teatro Cómico, y como sus padres son unos señores muy conocidos y de muy buena posición, la recibieron muy bien, tomándose ella todas las demás libertades.

LAS COSAS DE LOS TEATROS

"EL GAVILÁN"

En la Zarzuela se estrenó *El gavilán*.

¿Cuál es el gavilán? Hay quien dice que el indiano, que vuelve enriquecido de Tejas (il), Perú; hay quien también dice otras cosas, que nosotros no queremos transcribir, en uso de nuestro perfectísimo e indiscutible derecho...

Empero, como hay que buscar una fórmula decorosa para ocuparnos del último estreno de importancia, permítansenos decir que el gavilán es el autor de la música. ¡Y ya veo las sonrisas de los maliciosos al leer el párrafo que precede!

Sí, señores. El gavilán es el autor de la música, aunque ustedes crean que nuestra intención al afirmarlo se pierde entre los recovecos de la maledicencia. Hay un cuento popular y sicalíptico que se refiere al hombre que contaba adivinanzas: éste buscaba unas frases de doble sentido para venir a parar en que la solución era el chocolate...

Nosotros decimos que el maestro Jacinto Guerrero es el gavilán, simplemente,

para llegar a la conclusión de que el joven y aplaudidísimo compositor se cierne sobre los ingresos de las taquillas más concurridas y se lleva la presa más codiciada y más abundante... Y de ello nos regocijamos con todo el corazón y con toda nuestra buenísima fe, sin pararnos a pensar si el hecho que lleva a cabo es lícito o no, es decir, si la música que produce llega a merecer ese premio envidiable de los trimestres cuantiosos que inquietan a los músicos del día...

Nosotros referimos el fenómeno, y no queremos meternos en más profundas averiguaciones ni en otros análisis minuciosos... Si en este terreno nos internásemos, podríamos concluir como en la segunda parte del cuento sicalíptico que se iniciaba renglones más arriba...

Aquello de «¡ahora, ahora sí que es lo que ustedes pensaban antes!»

Y como eso es vulgar, pues hay mucha gente que lo va diciendo por ahí, nosotros no queremos caer de patitas en el tópico. La obra se estrenó, gustó, se aplaudió... y se alabó. ¡Pues se acabó!

UNA MALA NOTICIA

Permítanme ustedes esta pequeña vanidad. La dicta el firme convencimiento que tengo de que la nueva será infausta para muchos de mis excelentes amigos que suelen pedirme favores, y a los que sirvo incondicionalmente... El que suscribe, hombre protervo, deleznable, censurable, miserable y asesnable, ha lo grado, después de mucho tiempo y no pocas intenciones, un éxito teatral.

El increíble suceso se desarrolló en Barcelona, y en el teatro de Goya. La comedia se llama *La montaña de cristal*; está escrita en colaboración con Luis Fernández Cancela, y la representó esa actriz extraordinaria que se llama Pepita Díaz de Artigas. Para inquietar aún más a mis numerosos y cariñosos amigos, añadiré que el público pidió mi presencia en escena, y que los periódicos barceloneses agitaron violentamente y en mi honor el incensario, es decir, que ha sido un triunfo que asombró a los propios autores... Claro es que no hay mal que cien años dure: la Artigas viene pronto a Madrid y piensa poner la obra en escena.

Entonces habrá tiempo de todo: mis buenos amigos encontrarán ocasión de pisarme la cabeza a todo placer. Una butaca vale un duro, y un duro es bien poco para no proporcionarse el inefable gozo de partirme por el eje...

¡Pero mientras tantol... Lo menos que puedo hacer es recrearme todo el tiempo que tarden en poner la obra en escena ante el público madrileño.

¡Por esto decía anteriormente que iba a darles a algunas personas una mala noticia!... Los días pasados no hay quien los borre del calendario de mis recuerdos...

Y... ¡recuerdos expresivos a todos aquellos a quienes les pesel!

LOS MÁS FEOS

He recibido numerosas solicitudes y ruegos para que organice en BUEN HUMOR un concurso de actores feos, como el que inicié en otro periódico de artistas guapas.

No lo creo conveniente. A lo mejor, al director de BUEN HUMOR no le parece bien y quedo en ridículo; además, que el concurso quedaría convertido, a las primeras de cambio, en un duelo a muerte entre Moncayo y Vicente Mauri. Sin que esto quiera decir que no llegasen a tener una brillantísima votación Bretañaño, Pepe González Marín, Valeriano León y Juanito Bonafé...

José L. MAYRAL



Dib. BLUFF
Madrid.

— *Volvámonos a casa. ¡Hace un frío que corta!*
— *Ten en cuenta que tenemos la sierra al lado...*

DIÁLOGOS ENTRE ANIMALES

(¡Y QUE ME PERDONEN LOS INTERESADOS EL CALIFICATIVO, PERO NO ENCUENTRO OTRO!)

EN UN "WATER-CLOSET"

UNA RATA (*que está con otras dos compañeras de colegio disfrutando del panorama*). — ¡No comprendo para qué sirve este aparato!

OTRA RATA. — ¡Esto debe de ser para hacer gimnasia!

LA OTRA RATA. — Tiene razón ésta. ¡La otra noche había aquí un señor haciendo fuerzal!

LA PRIMERA RATA (*que es filósofa*). — ¡Qué estupidez! ¡No sé qué sacarán con eso!

LA SEGUNDA. — Pues yo sí.

(*En este momento penetra un consumidor con una prisa loca. Las ratas se arrinconan, medrosas. Primero, silencio. Después, no tanto silencio.*)

LA PRIMERA RATA. — ¿No estáis oyendo? ¡Ya sabemos lo que es este chisme! ¡¡Es una pianola!

LA ÚLTIMA RATA (*rectificando*). — ¡Una pianola-orquestón!

(*Se alejan las tres cantando al compás de la melodía.*)

UNA. — ¡Soy la rata primera!

OTRA. — ¡Y yo la segunda!

LA OTRA. — ¡Y yo la tercera!

EN UN TEATRO DE "VARIÉTÉS"

UN GATO (*que con tres gatos más constituye la masa total de espectadores que honran con su presencia la función*). — ¡Esta noche está el público de uñas! (*Aludiendo al debut de una desvencijada cupletista, que está en el escenario como podía estar en presidio.*)

OTRO MININO. — ¿A qué público te refieres? ¡Si no somos más que cuatro gatos los que estamos en el teatro!

EL TERCER MININO. — ¡Las cuentas claras! ¡Con la del escenario, somos cinco!

LA CUPLETISTA (*cantando, o cosa así*).

«¡Tengo un corazón muy grande...!»

LOS CUATRO GATOS (*abriendo las bocas*). — ¡Que nos lo echen ahora mismol!

EN UNA VERDE PRADERA

UNA CIGARRA (*cantando desafortadamente, que es lo que hace el verano entero, sin calcular que en invierno no tendrá una gorda y pasará las moradas*). — «Siempre es el amor traveso...»

OTRA CIGARRA (*cantando también, y dispuesta a pasar en diciembre las mismas ducas que la anterior*). — La vida sin amor no se comprende...

OTRA CIGARRA. — Dáme un beso de amor...

OTRA CIGARRA. — No sé qué siento aquí...

OTRA CIGARRA. — Di que es verdad que me amas... (*Y así sucesivamente. Se ve que las cigarras están que se deshacen porque las digan algo serio.*)

UNA CIGARRA SOLTERA. — ¿Descansamos un poquito?...

OTRA CIGARRA. — ¡Qué bien vendría ahora un cigarro!... ¿Verdad?

OTRA CIGARRA. — ¿Cómo un cigarro?... ¡Una cajetilla!

CORO DE CIGARRAS (*integrado por más de dos mil voces que surgen de todas partes*). — ¡Que traigan una saca entera!

EN UN ESTANQUE RISUEÑO

UN PATO VIUDO (*recibiendo la visita de un pato joven, que viene a pedirle a su hija para casarse con ella como Dios manda*). — ¡Ya le escuchol... Hable usted, pollo.

EL PATO JOVEN. — No soy pollo, señor mío, que soy pato.

EL PATO VIEJO. — Dejémonos de controversias, y al grano... ¿A qué debo el honor?

EL PATO JOVEN. — ¡Vengo a pedirle a usted la mano de la patal!

EL PATO VIEJO. — ¡Es lamentable; pero

habla usted el castellano peor que Puig y Cadafalchl... Además, me han dicho que anda usted con cuatro patas; y eso, que en algún sainetero no me chocaría, en un pato es mal precedente para que sea fiel a un amor puro.

EL PATO JOVEN. — Es que yo...

EL PATO VIEJO. — ¡Nadal...

EL PATO JOVEN. — ¡Yo soy un caballero!

EL PATO VIEJO. — ¡Nada, he dichol...

EL PATO JOVEN. — ¡Es usted un gansol...

EL PATO VIEJO. — ¡He dicho que nades y te alejes, o te doy una patá, que te vas a acordar de la pata toda tu vida!

EL PATO JOVEN (*alejándose*). — ¡He perdido una hermosísima patal... ¡Me consolaré pensando en las desgracias de don Alvaro de Figueroa, que todavía está peor que yo!...

EN LA CALVA DE UN SENADOR

UNA MOSCA (*paseándose por allí, del brazo de una hermana suya por parte de madre*). — ¿Qué habrá aquí dentro? (*Dando una patadita en el cráneo.*)

LA SEGUNDA MOSCA. — ¡Pica a ver!

LA PRIMERA MOSCA (*más «mosca» de lo que es*). — ¡Tengo miedo!

LA SEGUNDA MOSCA. — ¡Pica, pica!

LA PRIMERA MOSCA (*picando y haciendo un espantoso gesto de repugnancia*). — ¡¡¡Mi madre... qué sabor a virutas!... (*Se desmaya.*)

LA SEGUNDA MOSCA (*ahucando el ala horrorizada*). — ¡¡Bien decían que este hombre tenía maderal de gobernantell... ¡Lo malo es que la tiene en polvol...!

EN UN PARQUE ZOOLOGICO

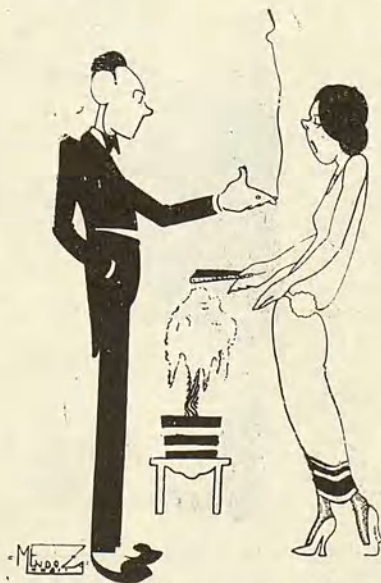
UN GRILLO (*que está allí por casualidad, hablando con un mono que se encuentra en su jaula incómodo, pero resignado*). — ¡Dicen los sabios que el hombre desciende de vosotros!...

EL MONO (*al grillo*). — ¡Eso es grilla!...

EL GRILLO. — ¿Y en qué te fundas para negarlo?

EL MONO. — En que si el hombre descendiera de nosotros, tendría cuatro manos como nosotros. ¡Y fíjate las complicaciones a que eso hubiera dado lugar!... ¡Pon al hombre con cuatro manos, y a ver qué pasa en las apreturas y en las plataformas de los tranvías!... ¡Ponle cuatro manos, y a ver cómo patea en el teatro!... ¡Ponle cuatro manos, y tienes que construir los pianos de cuatro metros!... ¡Y ponle cuatro manos, y hazle concejal de los antiguos, y dime qué es lo que hubiera dejado en ciertas arcas municipales!...

ERNESTO POLO



Dib. MENDOZA. — Madrid.

ELLA. — *Mi papá tiene la costumbre de regalarme cada día de mi cumpleaños un abanico.*

EL. — *¡Entonces, tendrá usted una colección enorme!...*



Fútbol



FORTALEZA... Y FUENCARRAL

SIMPLICIO PERFECTO, ARBITRA

¡Día grande aquél el de Simplicio! Era el señalado para arbitrar su primer partido de campeonato. Más alegre que un cuartillo de pardillo, comenzó sus preparativos: pantalón corto tornasolado, con raya en chaflán; medias de vueltas carmesies; chaqueta de morado cardenal, ribeteada de cinta rosa pálida; completando la toaleta *sweater* descolado a lo Pompadour, toalla de grandes lunares grises y botas procedentes de un gran jugador holandés del Queso de Bola F. C. Su gran preocupación era el pito. Bien sabía que, detalle al parecer tan nimio, influía no poco en el éxito de su gestión, atrayendo la simpatía del *respectable* si acertaba a escoger un tono oportuno, un tono que unas veces viniera como a decir: «Ustedes dispensen: sueño porque se ha cometido una falta; no se molesten, soy un buen chico», y otras: «Al que no respete mi autoridad, le envío el verdugo; si se comete otra vez, os pulverizo.» En tal preocupación entretuvo tres o cuatro horitas probando pitos, aun a riesgo de desinflarse, y con la consiguiente indignación de sus convecinos, que no podían creer que San Isidro cayera en diciembre, y protestaban airados de aquel *solo de pito*. Tras muchos ensayos, dudas y vacilaciones, acordó quedarse con uno de los llamados de *cañamón*, lanzador de unas notas más sentimentales que una sinfonía de Beethoven. No se cuidó de reparar las reglas del juego; lo importante era salir bonito y enternecer a las de Patchouli, a las de Raqueta y a todas sus amiguitas de la clientela; aparte que ya había probado su suficiencia en unos sendos exámenes para árbitros. Recordaba, como si fuera en aquel momento, el instante en que sus jueces le lanzaron la terrible pregunta: «Un jugador que ataca, bombea el balón hacia la portería contraria. Uno de los defensores pone la cabeza; pero el balón se desinfla, se le queda por mon-

tera, y de la emoción dicho jugador se accidenta y mete la testa así coronada dentro del *goal*: ¿qué haría usted en este lance: dar un tanto o no?» Lleno de congoja, y sudando pez, rogó que se le repitiera la preguntita; aquel jeroglífico era para volverse loco. Y, al fin, respondió: «¿Yo, lo que haría... en tal caso?... Llamar a un médico.» El Tribunal le miró muy hosco, y él salió tambaleándose, como si volviera de verbena. Sin embargo, le aprobaron y vio cumplido su dorado sueño: salir del mostrador al terreno de juego, donde alcanzaría renombre nacional; y sobre todo podía hacerse una lucida hucha con las subvenciones de viajes, que no eran despreciables, ni mucho menos.

Llegó el instante solemne. Nuestro buen Simplicio salió a la hora en punto, marchando un poco pálido y azora-

el pantalón se le había roto en la caída. Regresa a la caseta, entre su poquito de *pitorreo*, y al tornar le obsequian con unos cuantos silbidos por el retraso. Esto le desconcierta un poco. Empieza el partido, jugando los dos bandos animadamente; siguen con verdadero ahínco, dando lugar a una serie de faltas que el bueno de Simplicio no ve, y que originan otra serie de voces de los respectivos partidarios: «¡A ver ese *arbitrio*, que se vaya a un oculista! ¡Que guarde el trajecito para el viaje de bodas! ¿Cuánto te han *pagao*, galán?» El sofoco del juez *primerizo* es tal, que se dirige a un espectador y empieza a sentar cátedra de interpretaciones reglamentarias. En tanto, los jugadores se aprovechan y se largan cada *piña*, cada zancadilla y cada puntapié, que hacen rugir de ira a los espectadores. Durante el tumulto, Simplicio cree ver una mano dada por un jugador en su área fatal, y decreta el máximo castigo. La que allí se armó no es para descrita.

Más de cien personas invaden el terreno y se dirigen hacia el de la chaquetilla como para comérsele. Intenta tocar el pito; pero en su respiración anhelosa se traga el *cañamón* y lanza un sonido llano y prolongado que parece un gemido, enardecido a la muchedumbre en tal forma, que al grito de «¡Ponerle un ojo en *off-side!*», todos, como un solo un hombre, ¡zas!, descargan sus puños sobre el desgraciado.

— ¡Ahí va un *penalty!* — le dice uno dándole un puntapié por los alrededores de donde tenía el roto —. ¡Trágate el pito y métete a jefe de estación!... ¡Animal!... ¡Iznorante!... ¡Véndidol!... ¡Que le hagan una fototipial!...

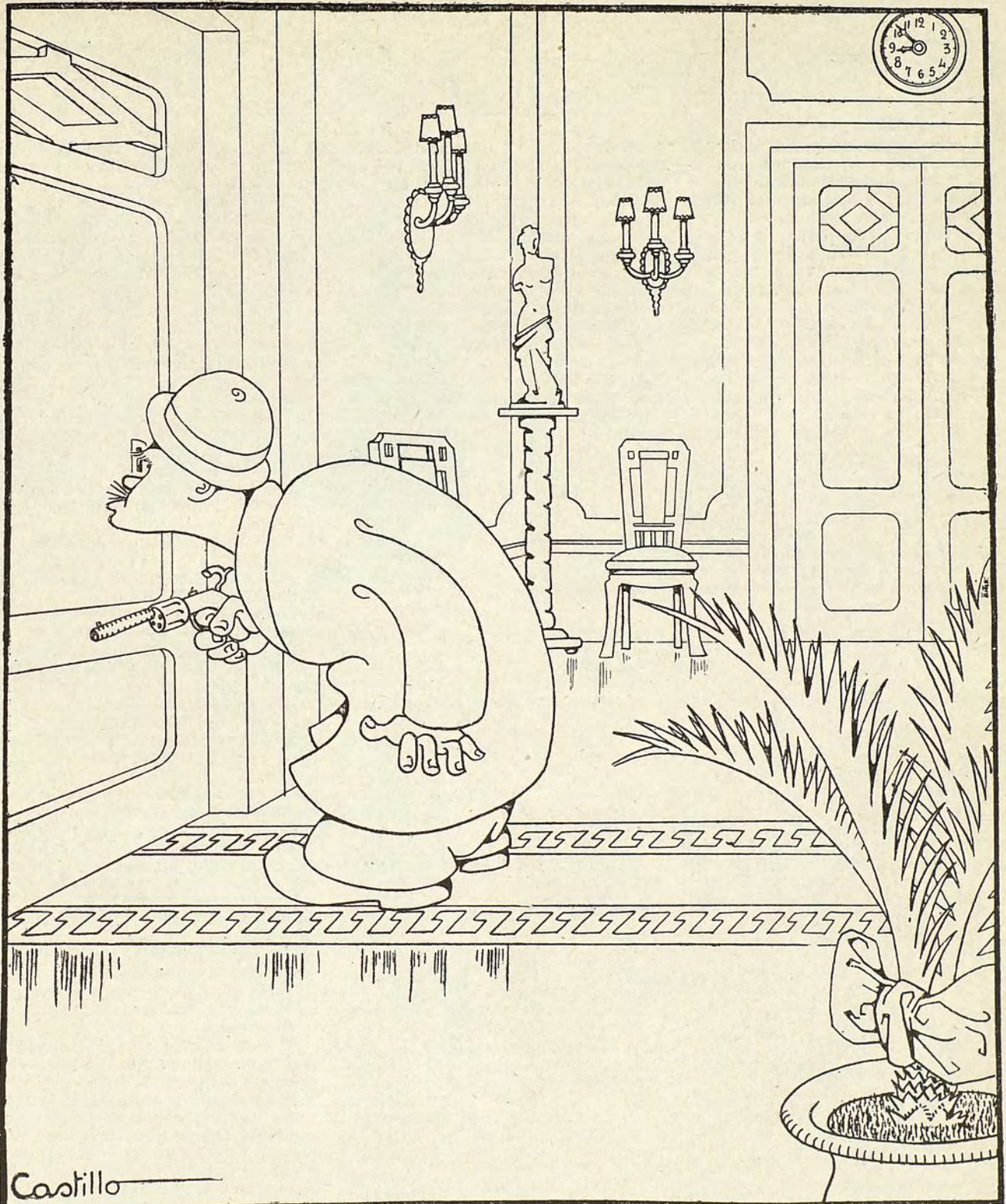
Los guardias, jugadores y algunos sensatos del público logran extraerle, tirando de sus piernas, de entre aquellas furias, y le llevan al vestuario. Estaba hecho una lástima: la flamante chaqueta parecía un espantador de moscas de esos que se hacen de tiritas de papel; los ojos, dos berenjenas reventonas; le faltaba un diente, y el caballete de la nariz aparecía extraplano. Todos le fueron abandonando poco a poco, vistiéndose como pudo, y al verle entrar en su casa, se desmayó hasta la portera.

MARCOS DE CAOBA

Dibujo de Bilbao.



do; al saltar la vallita del terreno de juego, se le enganchó una de las barras de una bota y cayó de cabeza. Al volver hacia una de las líneas de banda se estremeció ante una carcajada general que le heló la sangre, oyendo una voz que le decía: «¡Sicalíptico, tápese eso, que se le ve el *roast-beef!*» Puso la mano en el reverso, y ¡oh dolor!



Castillo

Dib. CASTILLO. - Madrid.

LAS CIRCUNSTANCIAS MANDAN

EL ESPOSO ULTRAJADO. — ¡Ah, ladrón!... ¡Si no fuera porque tengo que irme a la oficina, te mataba como a un perro!...

EL FALSO ROBO

Al cruzar la calle aquella noche de niebla, un sujeto misterioso tropezó conmigo. Yo no di importancia alguna a este incidente, y anduve unos metros más enteramente despreocupado.

Pero me vi en la precisión de conocer la hora en que vivía, y al pretender, para conseguirlo, consultar mi reloj, encontré falto de su huésped habitual el bolsillo del chaleco.

Y, entonces, un pensamiento, con la velocidad del rayo, hirió mi mente:

— ¡Me ha robado ese sujeto! — dije.

Y me lancé en su busca calle abajo.

Mientras duraba mi carrera, recordé los minuciosos relatos que la Prensa hacía a diario de hechos similares a

aquel del cual era yo desgraciado protagonista; recordé también, por una explicable asociación de ideas, las trescientas pesetas que me había costado adquirir el soberbio cronómetro desaparecido, y maldije en voz alta mi despreocupación y mi inocencia.

Me cercioré de que el revólver dormía, próximo a despertarse, un placentero sueño en el fondo de mi pantalón, y con febril nerviosismo oprimí su culata, presto a esgrimirlo como argumento convincente de devolución.

Y quiso mi sino que a poco alcanzase a ver en la vía desierta la silueta del ratero, que reía acaso de mi ingenuidad pretérita.

La pequeña duda que pudiera caberme de su culpa, al verle correr cuando oyó mis pisadas tras las suyas, la deseché.

Estaba en una lamentable posición de inferioridad respecto de él: me llevaba una gran delantera, y no iba cansado. Yo, en cambio, soportaba sobre mis espaldas el medio kilómetro recorrido a fantástica velocidad.

Pero el ansia de vengarme espoleaba mi espíritu, y este acicate poderoso transmitía a mi cuerpo fuerza y estímulos suficientes a contrarrestar sus ánimos.

Le obsequié en el trayecto con los más cariñosos epítetos de mi repertorio, jurando en el seno de mi conciencia hacerle pagar en quincenas la amargura del mal rato sufrido.

Junto a un escaparate le alcancé, y poniendo el revólver a la altura de sus ojos,

— ¡El reloj ahora mismo! — exigí — ¡El reloj, o...!

— ¡No, por Dios, no! ¡Soy padre de familia! ¡Tómelo! ¡Suéltelo!...

Contemplé el objeto robado con delectación inefable y lo guardé.

Después, prescindiendo de mis anteriores propósitos vengativos, conmovido por la lágrima que aparecía temblante en sus pupilas, juzgándole delincuente ocasional, decidí libartarle.

Escapó velozmente, volviendo la cabeza a cada paso por ver si aun le seguía.

Pero yo no pensaba en ello, y tranquilamente tornaba a mis lares.

Iba satisfecho, porque, tímidamente, llegaba a mis oídos el tictac del reloj, que en aquellos momentos me parecía más rápido que de costumbre, como si a él, a mí igual, en virtud del impensado cambio de dueño, se le hubiese alterado el pulso.

Una vez en mi alcoba, me aguardaba una sorpresa extraordinaria.

Jamás lo olvidaré mientras viva. ¡El reloj, mi verdadero reloj, descansaba en la mesilla!...

Al salir de casa ¡lo había olvidado!

¿Luego...? ¿Entonces...? ¡Sí; yo había robado a una persona honrada el otro reloj! Yo era un delincuente más, un atracador *sui generis*, si se quiere, pero atracador al fin y a la postre. Los periódicos de la mañana narrarían mi osada aventura. Con este motivo amonestarían rudamente a las autoridades. Si los azares de la vida me llevasen ante mi víctima y ésta me reconociera, ¡qué bofetada me esperaba!...

¡Oh, no, no!... Era preciso enmendar lo hecho.

Salí del hotel y me entregué a la Justicia.

JOAQUÍN CALVO SOTELO



Dib. GARRÁN. — Aranjuez.

SOLILOQUIO FILOSÓFICO

— ¡Qué imbéciles son los árboles!... ¡Cuando hace frío, se desnudan!...



Dib. LINAGE. — Madrid.

— Pues si tu señora tiene mal genio, como la mía, no te amilanes cuando te reprenda. Haz como yo: da siempre el pecho...



Dib. GARRÁN. — Madrid

— Si queréis ver ahora mismo al señor alcalde, vais donde están aquellos alcornoques. A él se le distingue en seguida, porque lleva un sombrero negro...

LA CACERÍA

No soy cazador ni comprendo cómo la persecución de un animalillo indefenso e inofensivo puede servir de diversión a personas que se alaban de tener buenos sentimientos, y, que a veces son hasta presidentes o vocales de Sociedades benéficas.

Pero si el cazar no me agrada, el campo me enamora, y con gusto dejo la insana fufarada de la ciudad para ir a vivir unas horas en plena Naturaleza, rodeado de pinos y escuchando el charloteo de los pajarillos y el murmullo delicioso de los arroyuelos: bucólico perdido.

Por eso, cuando Pérez me convidó el otro día a pasar un día fuera, sin titubear un momento acepté la invitación.

— ¿Y adónde iremos?

— Aquí cerca — me dijo —; vendrán otros dos o tres amigos, cazadores como yo.

Arrugué las narices.

— ¡Ah!... ¿Es que habrá cacería?...

— ¡No te alarmes!... Tratándose de cazadores como nosotros, ya puedes suponer que no llegará la sangre al río. Será, más que nada, una broma que hace tiempo tenemos pensada. No queremos que nos suceda como la última vez que fuimos de caza.

— ¿Qué os ocurrió?

— Que salimos con el propósito de hacer el arroz con la caza que consiguiéramos, y a las dos de la tarde no habíamos matado ni un gorrión.

— Lo celebro por los gorriones y otras posibles víctimas. Y mañana, ¿estáis seguros de que no se repetirá la función?

— ¡Cal!... Se han tomado las debidas precauciones, y el éxito está garantizado. Imitando a Carnot, «hemos organizado la victoria».

— ¿De qué manera?

— Ya lo sabrás en el momento oportuno. Cabalmente, contamos con tu cooperación para que todo marche en debida forma.

— Perfectamente. ¿Entonces...?

— A las seis en la estación de Goya.

Y así fué. Puntuales los cuatro que componíamos la caravana, con apenas una hora de retraso el tren, llegamos a Morata, atravesamos el pueblo a paso ligero y, después de un cuarto de hora de carretera arriba, llegamos al lugar designado para la broma cinégetica.

— ¡Alto! — gritó Pérez —. Sentémo-

nos un poco. Aquí descansaremos y acabaremos de trazar el plan de batalla.

Y encarándose conmigo, el único de los cuatro que desconocía el argumento de la función, me dijo señalándome una cesta perfectamente tapada y que no había perdido de vista en todo el viaje.

— ¿Sabes lo que hay dentro de esa cesta? Dos conejos.

— ¿Muertos?...

— ¡Vivos!... Son los protagonistas de la fiesta... Ya te la puedes imaginar, ¿eh?... Una vez apostados nosotros en sitios convenientes, tú te cuidarás de soltar los bichos cuando te avisemos, y de esta manera no hay que decir, ¡caza segura!...

Y los tres cazadores celebraron con grandes risotadas la ideaza.

— ¡Sois unos bárbaros! — les dije —. Unos bárbaros, unos asesinos, con las agravantes de la premeditación y la alevosía.

— Y todavía puedes añadir — exclamó Pérez riendo — que cometemos el crimen en despoblado y en cuadrilla.

El papel que se me asignaba no me hacía mucha gracia; pero hay que bailar al son que tocan, ¿y qué otro remedio me quedaba, por otra parte?

Volvimos a emprender la marcha, y dejando el camino nos internamos en unas viñas pertenecientes a un pariente de Pérez, en casa del cual, una vez efec-

tuada la cómica cacería, habíamos de ir a comer.

— ¡Ya hemos llegado! — exclamó el director de la bromita, entregándome el cesto —. Tú te quedas aquí; nosotros nos situamos en lugares estratégicos, y ¡atención a la voz de mandol! ¿Entiendes?

— Sí, hombre, sí...
— ¡Rompan filas!...

✻

Se acerca el momento solemne. Los tres cazadores se colocan convenientemente, y Pérez grita:

— ¡Ahoral...

Dejo escapar el primer conejo, que, como alma que lleva el diablo, corre que se las pela, y, ¡pam, pim, pum!..., uno tras otro, suenan tres tiros.

— ¿Quién le ha matado? — pregunto curioso.

— ¡Se nos ha escapado!... — responde uno con acento lúgubre.

— ¡Suelta el otro! — grita Pérez.

— ¡Allá val...

Y el segundo conejo sale del cesto y se lanza viñas adelante, tanto o más de prisa que su consocio. ¡Pim, pam, pum!..

— ¿Y ahora? — grito, paseando la mirada por el medio círculo que forman los cazadores.

Ninguno me contesta. Silenciosos, se van acercando los tres, sorteando las cepas que se interponen a su paso.

— ¿También se ha escapado?

— ¡También!... — musita Pérez queriendo sonreír, pero a punto de llorar.

Y al observar que yo, lejos de entristecerme, parece que celebro la jugada que los inteligentes animalitos acaban de hacerles, me dice muy serio:

— Pero..., te lo advierto, el domingo que viene repetiremos la excursión..., y yo te aseguro que no sucederá lo de hoy.

— ¡No asegures, no asegures!...

— ¡Ya lo creo que sí!.. Como que traeremos los conejos guisados... y dentro de una cazuela...

VICENTE VEGA



Dib. GARRIDO. — Madrid.

— ¡Pobrecitos míos!... Salieron para el Norte en moto, y han ido a parar al Este..

NUEVOS PRETEXTOS EL HOMBRE DEL DIENTE DE ORO

REPRESENTÉMONOSLE

¡Qué pillín, qué deliciosamente pillín es el hombre del diente de oro! ¿A que no conocéis un hombre de diente de oro que se haya enamorado románticamente? No hay uno. Son maestros de frivolidades, y su diente, clavado en la imaginación, no les deja más que sonreír a la aventura galante.

Jamás el hombre del diente de oro se asustó por nada. Su boca no sabe redondearse para la admiración, sino abrirse suavemente, escépticamente, mundanamente.

Es el peligro constante para las ingenuas y para los sentimentales que le hacen confidencias.

¡Cómo conoce el secreto de la vida! ¡Cómo ha vivido intensamente y ha llenado de sonrisas frías los *cabarets* y las calles rectas de las ciudades exóticas!

DIVAGUEMOS

Este diente de oro es un talismán que le dieron los dioses para vivir frívolamente; es también un pasaporte especial que le firmaron en el consulado de algún país lejano.

Va con él sin miedo, como con una coraza protectora. Si algo siente con intensidad el hombre del diente de oro, es esa alegría de *cabaret* que le da su amuleto.

¡Qué satisfecho está con su diente! ¡En qué buena hora se le ocurrió adquirirlo! Con él no tiene miedo ninguno a quedar sin dinero. Es un pequeño tesoro que hace descubrirse a los porteros.

El día que este hombre hubiese gastado todo su capital, no desesperaría, pensando: «¡Aun me queda el diente de oro!» Y en último caso, se le arrancaría para empeñarle con esa tristeza con que se lleva al Monte el recuerdo de familia.

ANÉCDOTA

Tengo un amigo que vive frívolamente, y tiene un agradable aire de mundano, y sonríe al escuchar confidencias románticas.

Tiene la pose interesante y fría de un actor cinematográfico.

Pero, ¡caramba, qué lástima! Le falta el detalle último. Le falta un diente de oro.

FIN

Y ¿os dais cuenta de que nada de esto va bien para la mujer del diente de oro? Esta solamente nos parece una americana.

EDUARDO DE ONTAÑÓN

DEL BUEN HUMOR AJENO

UN SERVIDOR DE OTROS TIEMPOS, por G. de Pawlowski

Son las cinco. Lentamente sale la vieja marquesa, apoyada en el brazo de Juan, su fiel servidor. Sin él la marquesa no podría valerse, tan sola como está, con su vista, que se pierde de día en día.

Las cinco y media. El buen Juan encuentra que ya es bastante paseo, y hace señas a un manguero amigo suyo, que encuentra todos los días. Dulcemente, muy dulcemente, el surtidor salpica el rostro de la señora marquesa.

— El aire trae algunas gotas. Es preciso volver a casa, señora.

— Sí, Juan, he sentido algunas gotas. ¡Parece mental... Las estaciones no son como en otros tiempos. Todos los días llueve durante nuestro paseo.

— Sí, señora. Es la época. Lluve mucho ahora.

Por la noche, la marquesa ha querido

ir a la Opera, al único teatro que puede asistir con gusto, porque sus ojos no pueden ver nada.

— ¡Como quiera la señora marquesa!...

Tranquilamente, el coche les ha conducido a un baile de los suburbios, donde Juan ha instalado a su señora en un rincón, al abrigo de las corrientes de aire.

— En ninguna parte como en un palco. Así la señora no tendrá frío.

— Gracias, mi buen Juan.

Durmiendo casi todo el rato, la marquesa ha estado soñando.

— ¿Cómo puede gustar esta música moderna? ¡Dios mío, qué gustos se van introduciendo en Francia y cuánta grosería! No sé qué género de conversación se emplea hoy para hablar en el teatro y con qué expresiones... ¡Bondad divina!...

Este verano la marquesa quiere pasar una temporada a orillas del mar.

Toda la mañana Juan ha viajado con la señora en el tren de circunvalación. Los trayectos son muy largos hoy, y al caer la tarde llegan a Gennevilliers, a casa de unos parientes de Juan, una

familia de labradores. ¡Los hoteles son tan caros!...

Todos los días Juan lleva a su señora a dar un paseito por el Sena, en una barca, que él balancea dulcemente, mientras que la marquesa respira el aire fresco del ancho mar.

— ¡Ah, son magníficos para los pulmones de la señora estos aires impregnados de sales marinas! ¡Hay que ver lo bien que está de color la señora marquesa!

— Gracias, Juan.

Ayer se cruzaron con los alegres barqueros que cantaban a lo largo del río.

— Son los pescadores, señora, que parten con sus barcas.

— Sí, Juan; para la pesca del bacalao.

Mientras la marquesa veranea en París, un manguero oficioso, no avisado de la marcha de la marquesa, regó ayer a una anciana que paseaba con su marido. ¡El parecido era tan sorprendente!...

¡Qué triste época ésta en que se confunden burgueses y marquesas!...

A. P. H.



¡MUJER!

BELLEZA, PLACERES,
ILUSIÓN...

SELO YER

SALUD, ALEGRIA,
BIENESTAR...

Suprima usted los dolores nerviosos
y sera usted dichosa

UN DRAMA

En un teatro de Nueva York se representa una obra que está obteniendo un éxito sin precedentes.

En el primer acto, un muchacho de veinte años se ha enamorado locamente de una señorita que representa su misma edad.

En el segundo acto, al protagonista le han dicho que la que pasa por su novia es nada menos que la autora de sus días; y el pobre, hecho un verdadero churro, procura averiguar la terrible verdad, llegando al convencimiento, al final

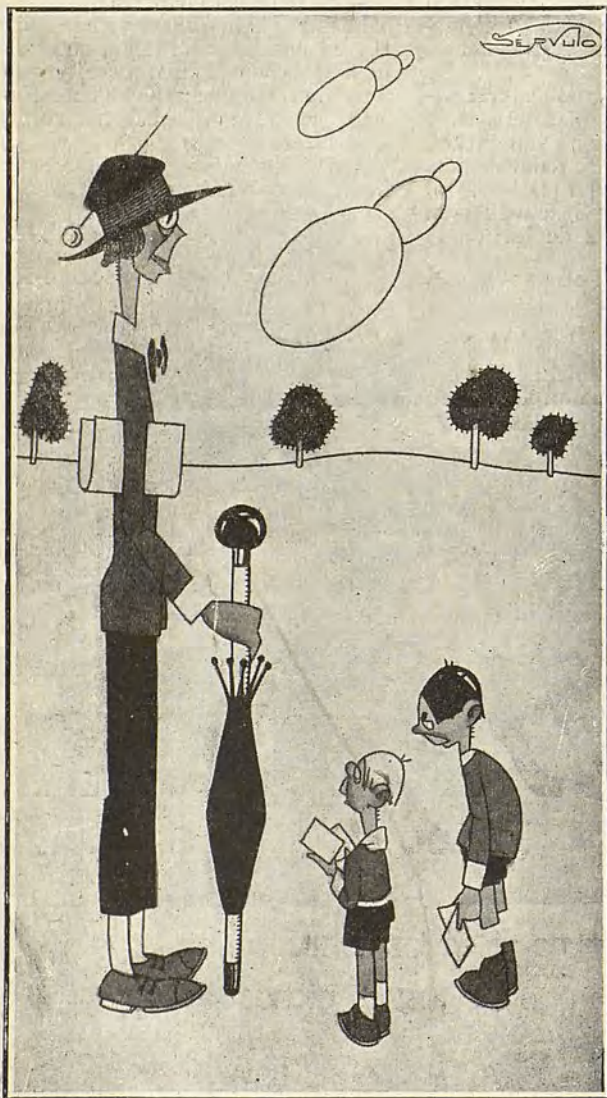
del acto, de que su desgracia es cierta.

En el tercero y último acto, el desenlace es de una enorme fuerza dramática.

— ¿Cómo es posible — dice el muchacho — que no haya notado, madre mía, la diferencia de edad que había entre nosotros?

— Muy sencillo — contesta la atribulada madre —: he recurrido a todos los secretos de mi tocador para conservar mi belleza y mi aparente juventud, sin pensar, ¡ay de mí!, que llegaría este caso...

— No es posible, madre. Me explico que te hayas teñido las



Dib. SÉRVULO. — Albacete.

LUISITO. — *De las lecciones de hoy, me lo sé todo, todo.*
 LA MISS. — *Y tú, Juanito, ¿qué te sabes?*
 JUANITO. — *¿Yo?... Nada. ¡Como Juanito lo sabe todo!...*

¿Cuál es la máquina de escribir que está a la cabeza?

LA CORONA

NUEVO MODELO

vale mucho y cuesta poco.

Modelo de oficina:
550 pesetas, al contado.

También a plazos.

Agentes
en toda España.



Gastonorge, C. A. — Sevilla, 16. — MADRID

canas, que emplearas crema para el cutis...; pero ¿y los dientes? ¿Qué has usado para los dientes, que conservan el encanto de la juventud?

— ¡Ah, tonto! — dice la ma-

dre al final de la obra —. Los dientes los conservo gracias a la pasta dentífrica Sanolán.

Y termina la obra en medio de una atronadora ovación.

CORRESPONDENCIA MUY PARTICULAR

No se devuelven los originales ni se mantiene otra correspondencia que la de esta sección.

Toda la correspondencia artística, literaria y administrativa debe enviarse a la mano a nuestras oficinas, o por correo, precisamente en esta forma:

L. P. M. — Empezar un asunto para acabarlo de un modo distinto redundando en perjuicio del original, que resulta incoherente y falto de interés. Puede usted seguir trabajando. Por nosotros...

P. A. Madrid. — ¡Bestial! Pues no pone con su puño y letra *Pensamientos «fribolos»*? No tiene gracia si es una bromita. Ya sabe usted eso de que no nos chupamos el anular.

BUEN HUMOR

APARTADO 12.142

MADRID

Si quieres mostrar los dientes, te aconseja el que esto escribe que uses el sin precedentes Licor del Polo de Orive.

C. M. Alcalá de Henares. — Si usted es tonto, nosotros no tenemos la culpa, como es natural.

Jag y Jac. Almería. — Se irán publicando algunos. El «botones», que es uno de nuestros redactores, corresponde a su salud.

A. N. C. de H. Nador. — Tiene algunas cosas útiles, apreciable combatiente; pero el total no merece la pena de publicarse.

J. A. A. Madrid. — Usted revela condiciones que pueden aprovecharse. Haga usted otras cosas menos sabidas, y oníntese, que eso es esencialísimo. Para hacer literatura hace falta trazarse un camino y el propósito de seguirlo.

I. R. Cartagena. — ¡Horror! Ciento once endecasílabos para meter términos taurinos, de una pesadez y una falta de novedad que no son para desear. Ahí va esa mosca como muestra:

«Item más: Cuando *al hule* me acompañen, que arrastren mi *cajón* cuatro *multi-llas*, con *madroños*, *faroles*, *banderillas*, y tres *enterraeros* que me apañen; deberá la *cuadrilla* necrológica asistir con *capotes* y *monteras*; y me ha de *abanicar* por los *afueras*, y me ha de encomendar a la *Verónica*...»

C. B. Bilbao. — Ese género nos parece demasiado gastado. La brutalidad de los alcaldes y la perversidad de la suegra deben archivarse decididamente, y si son en verso, mucho mejor. Le recomendamos que no escriba en *dieciseisavillas*, porque hace muy mezquino. En el mismo papel, sin cortar, caben los versos que usted divide en trocitos minúsculos.

J. A. Madrid. — *El último atropello* y *El hombre tradicional* carecen de condiciones para publicarse. Aplíquese un poco más.

HERNIAS
Bragueros científicamente.
J Campos
único MEDICO
ORTOPEDICO
de MADRID
Augusto Figueroa 8



Diccionario Gráfico de Artes y Oficios

Está a la venta el séptimo cuaderno. La más útil biblioteca del artista, del taller y del *amateur*. 20.000 dibujos de elementos de arte y de estilos, de época y originales, coleccionados por orden alfabético. 2 pesetas cuaderno. **Suscripción:** trimestre, 5,50; semestre, 10,50; año, 25, con derecho a lujosas tapas. Pedidos al autor, **J. LAPOULIDE, Cardenal Cisneros, 60, teléfono J. 17-18, Madrid.** Suscripción y venta en todas las librerías.

I. S. C. Madria. — Sí; el colega que dice que animamos a los espontáneos para que manden el cupón y les damos después con las puertas en las narices, se refiere a nosotros. Pero nosotros somos bondadosos y no to-

¡Soldado! Si te acatarras no podrás gritar «¿Quién vive?» Pero puedes remediarte con el Jarabe de Orive.

mamos en serio las palabras del colega, porque sería impropio de las circunstancias. No se agarre usted a eso, y dese cuenta de que usted mismo no compraría nuestro semanario si estuviese hecho por el primero que llega. Ahí está nuestra colección, y se verá cuántas firmas nuevas hemos introducido. Lo que ocurre es que hay a quien los noveles le resultan muy baratos, y por eso se agarra a ellos para sus combinaciones. Eso va en el criterio de cada uno. Lo de usted no lo publicamos porque es muy malo, a pesar de todo.

Zist-Zest. Palencia. — Nada; eso no es nada, lo que se dice nada...

A. P. Madrid. — Ahí va eso:

VERSOS

«**A UNA INGRATA**
«Son tus ojos, hermosa, qual flores de un manojo primorosa, y horrores de sufrimientos me hacen pasar al mirar tu modo de andar y de hablar.
«Veo tus ojos, niña bella, cuando de noche contemplo una estrella, y me muero de contento mirándome en ella.»

Bueno; a nosotros, que, como largos, no diré que seamos la carretera de Extremadura, pero que tampoco nos chupamos el dedo, porque está muy feo, no nos la da usted.
Sabemos cuándo es camelo y cuándo es candidez torcaz del espontáneo. Ahora es camelo, ¿no, señor Prieto? ¿Hemos dado en la escarpia, o es usted tan atontado como todo eso?
Jéhnar. Tetuán. — Verdaderamente, el suceso es cómico; pero, efectivamente, ese suceso, por lo que hasta nosotros llega, debe de ser usualísimo. En las películas americanas suce-

de con una frecuencia aterradora. Diariamente leemos noticias mucho más extravagantes. No vale la pena de hacer hincapié en ésta, que nuestros lectores encontrarían muy vulgar dentro de lo absurdo del procedimiento.
Cinife. Madrid. — Se publicará.
A. F. R. Cádiz. — También. Sólo el primero.

F. G. G. — *La fórmula sagrada* está llena de gansadas, algunas graciosas y otras no. El asunto no vale nada.
J. L. V. Madrid. — Las reseñas taurinas en broma las hemos dado varias veces en estas columnas. Nos van a decir que hay que cambiar los discos, y antes de que nos lo digan, se lo decimos nosotros a usted.
A. A. Valladolid. — No sirve.
C. de L. (Se desea cobrar). — Hombre, ¿por qué no usa usted otro seudónimo que no sea ése, tan claro? Ya sabe usted lo que son estas cosas...



GRAN VÍA, 18
JUGUETES
COCHES DE NIÑOS



LEA USTED EL DOMINGO PRÓXIMO
BUEN HUMOR
en donde encontrará una lista de los graciosísimos
OBJETOS PARA BROMAS
COMPRE USTED ESTA SEMANA

DICIEMBRE

28

LOS SANTOS INOCENTES

"HABLARÉ EL 23"

LE OFRECEMOS UNA OCASIÓN
ÚNICA Y EXCEPCIONAL DE OBTENER POR EL
MISMO DINERO UN MAYOR NÚMERO DE BROMAS

Los lectores de BUEN HUMOR que efectúen compras de estos artículos desde el lunes 17 al sábado 22, inclusive, y presenten este anuncio, tendrán derecho a elegir el objeto u objetos para BROMAS que más les gusten por un valor igual al 10 por 100 del importe de la compra que hayan realizado.

LOS QUE RESIDAN FUERA DE MADRID, DIRÍJANSE INMEDIATAMENTE AL

DEPARTAMENTO ESPECIAL
PARA VENTAS A PROVINCIAS

S. CUESTA :-: Príncipe, 10 :-: MADRID



EL BUEN HUMOR DEL PÚBLICO

Para tomar parte en este Concurso, es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón y con la firma del remitente **al pie de cada cuartilla, nunca en carta aparte**, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un seudónimo, si así lo advierte el interesado. En el sobre indíquese: «Para el Concurso de chistes.»

Concederemos un premio de **DIEZ PESETAS** al mejor chiste de los publicados en cada número.

Es condición indispensable la presentación de la cédula personal para el cobro de los premios.

¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuran como autores de los mismos.

— ¿En qué se parece una lavandera que va al río a lavar a una bailarina retirada?

— En que *va-y-lava...*

— ¿En qué se parecen los huevos a los billetes de Banco?

— En que pueden volverse *duros*.

J. E. — San Sebastián.

AMADOR

FOTÓGRAFO

PUERTA DEL SOL, 13

— ¡Qué feas son las hermanas de Paredes!

— ¡Cállate, que las *Paredes* oyen.

M. Conde. — Madrid.

— ¿En qué se parecen las fábricas de loza a los escritores?

— ¡...!

— Pues en que en las fábricas de loza hacen *las soperas*, y los escritores hacen *las óperas*.

Alfonso Pérez Mateos.

De regreso de caza, un cazador furtivo es esperado por su compinche.

— ¿Pero así vienes?—le dice—. ¿No había ni un mal conejo?

— ¡Sí, hombre, sí!... Había una pareja; pero era... de la Guardia civil...

H. Barcelona. — León.

Un isidro fué al teatro de Eslava, de Madrid, a ver una obra titulada *El volcán*, y viendo que éste no salía en escena, le preguntó al vecino:

— ¿Es éste el volcán?

Y el aludido, que era un guasón responde:

— No; *Es-lava...*

Celestino Rego. — Ferrol.

Entre andaluces.

Dos andaluces amigos de la infancia se encontraron en una taberna y empezaron a hablar sobre la velocidad de los automóviles.

— Yo tengo un amigo — decía uno de ellos — que todas las tardes sale de casa a las cuatro y a las cinco está ya en San Sebastián.

— Pues yo tuve un amigo — contestó el otro — que un día marchó de casa a las dos, y pa las dos y cinco estaba ya en el otro mundo...

E. P.

Chistes míos y de ustedes, por Luis Esteso, dos pesetas. Teatro fácil (16 comedias), dos pesetas. — Librería Santos, Carretas, 9, Madrid.

BLAS E. BERROTERÁN & Co.

Agencia general de diarios, revistas y publicaciones.

Aceptamos representaciones de todos los editores de revistas y diarios de Hispanoamérica y España. Deben sernos remitidos ejemplares de muestra y pliego de condiciones.

NUESTRA DIRECCIÓN ES

Apartado 51. — Maracaibo (Venezuela)

— Oiga, mozo, ¿qué tal está esta salsa verde?

— Muy bien, señorito. Acaba de tomarla un fiscal y nos la ha denunciado.

El Duende de los Vadillos. Valladolid.

En la peluquería.
EL OFICIAL (*rascando demasiado al cliente con la navaja*). — ¿Le apuro a usted?

EL CLIENTE. — No, porque si me

apura usted más, decido dejarme la barba.

Bueno. — Bilbao.

Un mozo de cuerda entra en una camisería y pregunta al dependiente.

— ¿Tiene usted puños?

— Sí, señor.

— Pues haga el favor de salir a cargar con el baúl.

Alvaro García. — Madrid.

— ¿Cuál es el colmo de un automovilista económico?

— ¡...!

— Usar la gasolina de lance.

Juan José Sánchez-Sicilia de León.

COMPROBADO COMPARÁNDOLA

LA ORTOGRAFÍA MARTÍNEZ MIER, sexta edición, 453 páginas, resuelve toda duda escritura, puntuación, pronunciación. Ninguna mejor.

Un actor de categoría.

— ¿Dónde va usted tan de prisa?

— Voy a casa del autor a preguntarle a qué reinado pertenece la obra que estrenamos mañana.

— ¿Y qué papel hace usted en ella?

— El de Francisco I...

Jag y Jac.

— Chico, ¡horroroso! Figúrate que el otro, al ver que lo insultaban, sacó un arma blanca...

— ¿Y se la clavó?

— No pudo. ¡Era una servilleta!

El de las napías colosales.

El premio del número anterior ha correspondido a **Piedad Otaola, de Madrid.**



LA SEÑORA GRANNY (cuyo tren no sale hasta dentro de una hora). — ¡Vamos a ver!... ¿Le gustaría a mi pequeño Ernesto tomar su propio billete?...

(Del Punch, de Londres.)

GRÁFICAS REUNIDAS, S. A. — MADRID

BUEN HUMOR

SEMANARIO SATÍRICO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

(Pago adelantado.)

MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (13 números)	5,20 pesetas.
Semestre (26 —)	10,40 —
Año (52 —)	20 —

PORTUGAL, AMÉRICA Y FILIPINAS

Trimestre (13 números)	6,20 pesetas.
Semestre (26 —)	12,40 —
Año (52 —)	24 —

EXTRANJERO

UNIÓN POSTAL

Trimestre	9 pesetas.
Semestre	16 —
Año	32 —

ARGENTINA. BUENOS AIRES.

Agencia exclusiva: MANZANERA, Independencia, 856.

Semestre	\$ 6,50
Año	\$ 12,—
Número suelto	25 centavos.

Redacción y Administración:

PLAZA DEL ÁNGEL, 5.—MADRID
APARTADO 12.142



Calzados PAGAY

LOS MÁS SELECTOS, SÓLIDOS Y ECONÓMICOS

MADRID: Carmen, 5.

BILBAO: Gran Vía, 2.

PARÍS y BERLÍN
Gran Premio
y
Medallas de oro.

BELLEZA

No dejarse engañar,
y exijan siempre esta
marca y nombre
BELLEZA

Depilatorio Belleza Tiene fama mundial por ser el único inofensivo y que quita en el acto el vello y pelo de la cara, brazos, etc., matando la raíz sin molestia ni perjuicio para el cutis. Resultados prácticos y rápidos. Único que ha obtenido Gran Premio.

Tintura Winter Basta una sola aplicación para teñir en el acto las canas. Sirve para el cabello, barba y bigote. Se prepara para negro, castaño oscuro y castaño claro. Es la mejor y la más práctica.

Angelical Cutis LÍQUIDO (blanco o rosado). Este producto, completamente inofensivo, da al cutis *blancura fija y finura evidiables*, sin necesidad de emplear polvos. Su acción es tónica, y con su uso desaparecen las imperfecciones del rostro (*rojeces, manchas, rostros grastientos*, etc.), dando al cutis belleza, distinción y delicado perfume.

Pelífero Belleza Vigoriza el cabello y lo hace renacer a los calvos, por rebelde que sea.

Loción Belleza Con perfume de frescas flores. Es el secreto de la mujer y del hombre *para rejuvenecer su cutis*. Recobran los rostros marchitos o envejecidos lozanía y juventud. Especialmente preparada y de gran poder reconocido para



hacer desaparecer las *arrugas, granos, barros, asperezas*, etc. Da firmeza y desarrollo a los pechos de la mujer. Absolutamente inofensiva, pues aunque se introduzca en los ojos o en la boca no puede perjudicar.

Almendrolina Belleza CREMA ALMENDROLINA. Es la reina de las cremas. Complace a la persona más exigente. *Rejuvenece, embellece y conserva el rostro*, y en general todo el cutis de manera admirable. En seguida de usarla se notan sus beneficiosos resultados, obteniendo el cutis *gran finura, hermosura y juventud*. La CREMA ALMENDROLINA,

marca BELLEZA, garantizamos estar exenta de grasas y demás sustancias que puedan perjudicar al cutis. Reúne las condiciones máximas de pureza, y es completamente inofensiva. Preparada a base de finísima pasta de almendras y jugo de rosas. Delicioso perfume.

ES EL IDEAL Rhum Belleza FUERA CANAS
A base de nogal. Bastan unas gotas durante pocos días para que desaparezcan las *canas*, devolviéndoles su color primitivo con extraordinaria perfección. Usándolo una o dos veces por semana, se evitan los *cabellos blancos*, pues, *sin teñirlos*, les da color y vida. Es inofensivo hasta para los *herpéticos*. No mancha, no ensucia ni engrasa. Se usa lo mismo que el ron quina.

Polvos Belleza Calidad superfinísima y los más adherentes al cutis.

DE VENTA en las principales perfumerías, droguerías y farmacias de España y América.— **Canarias:** droguerías de A. Espinoso. — **Habana:** droguería de Sarrá, Teniente Rey, 41. — **Buenos Aires:** A. García, calle Florida, 139.

Fabricantes: ARGENTÉ, HERMANOS, Badalona (España)



— ¿Sabéis que a Lolita se le ha declarado...?
— ¡Por fin...! ¿Quién?
— Nadie, hijas, que se le ha declarado el sarampión hace tres días.

Dib. RAMÍREZ. — Madrid.

Ayuntamiento de Madrid